Luchadores del Espacio

EL ENIGMA DE LOS HOMBRES PLANTA



POR GEORGE H. WHITE

Abandonados por la tripulación del autoplaneta “Valera” en un mundo desconocido, los numerosos miembros de la familia Aznar se encuentran, por los designios de un cruel destino, reducidos a la condición de modernos robinsones. Aquí, en un medio hostil, los Aznar tendrán numerosas oportunidades de demostrar su valor, su ingenio y la inquebrantable fortaleza de espíritu, características de su noble y execrado apellido.

Un apasionante relato lleno de sorpresas y peripecias en la prosecución de las aventuras de la famosa “saga de los Aznar”, cuya proyección cósmica abarca ya varios milenios de la Historia del futuro de la Humanidad.



George H. White

El enigma de los hombres planta

La saga de los Aznar - 20

ePub r1.0
Titivillus 28.06.15

Título original: *El enigma de los hombres planta*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL ENIGMA DE LOS HOMBRES PLANTA

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



PRÓLOGO

Después del motín de “Valera”, la numerosa tribu de los Aznar es desembarcada en cinco planetas deshabitados que fueron antaño la patria de la Bestia Gris.

El autoplaneta “Valera” emprende el viaje de regreso a la Tierra dejando abandonados a los Aznar. Poco después de haberse marchado “Valera”, la Bestia Gris da señales de vida en el planeta que los expatriados bautizaron con el nombre de “Exilo”. Los hombres grises lanzan una bomba atómica sobre la colonia de los terrícolas y la arrasan. Pero Miguel Ángel, que estaba ausente buscando hierro en las montañas y había sido hecho prisionero por una tribu de amazonas, se salva del desastre y logra apoderarse de un platillo volante después de dar muerte a los hombres grises que lo tripulaban.

CAPÍTULO PRIMERO

¡HOMBRES VERDES!

El rugido del altavoz atronaba los ámbitos de la silenciosa selva.

Procedente de las alturas, donde los dos platillos volantes parecían suspendidos por invisibles hilos del espacio azul, la voz de Miguel Ángel Aznar salía considerablemente aumentada en potencia por el amplificador y se filtraba a través de la tupida floresta para llegar hasta los subterráneos de la ciudad muerta de Kart:

“Os habla Miguel Ángel Aznar, vuestro amigo. Somos Aznar y no hombres grises quienes tripulan estos platillos volantes.”

La voz calló y la selva devolvió el sonoro eco de las últimas palabras procedentes de los platillos volantes.

“Nuestra expedición —volvió a tronar el altavoz— remontó el río hasta que nuestros tres barquichuelos quedaron inmovilizados al llegar a una catarata. Habíamos oído redoblar de tambores durante parte del camino y sabíamos que éramos seguidos por gentes desconocidas. En la catarata tuvimos que desembarcar. Los indígenas nos atacaron matando a casi toda la expedición y haciéndonos prisioneros a los supervivientes. Nos llevaron hasta una aldea troglodita enclavada en las estribaciones de la cordillera. Aquella misma noche toda la aldea se dio a la fuga al ver desaparecer del cielo al más pequeño de los tres satélites de este planeta, aquel que nosotros bautizamos con el nombre de “Curiosa” y los nativos conocen con el nombre de “Bolina”.”

Nueva pausa del altavoz. El eco repitió hasta el cansancio las últimas palabras de Miguel Ángel Aznar. Éste prosiguió diciendo:

“Comprendimos que aquel satélite era un autoplaneta y pensamos inmediatamente en la Bestia Gris. Llegamos a la

conclusión de que los hombres grises se habían marchado hacia Nahum. Temimos por la suerte de nuestra colonia, y nuestros recelos fueron confirmados poco después al ver en la lejanía el resplandor de una explosión atómica. Lloramos vuestra muerte. Al amanecer vimos llegar un platillo volante. Los hombres grises querían a todas luces desembarazarse de los últimos testigos de la partida de su autoplaneta "Bolina". Sabían que estábamos en la aldea troglodita y vinieron por nosotros. Pero la suerte quiso que una acción desesperada nuestra pusiera en nuestras manos uno de estos platillos volantes que ahora veis. El otro platillo volante acabamos de quitárselo a los thorbod. Su tripulación ignoraba que los terrícolas tripulábamos esta nave. Nos tomaron por amigos. Yo engañé a su comandante haciéndole desembarcar con todos sus hombres en nuestra desdichada colonia, y cuando los tuvimos fuera les ametrallamos y nos apoderamos de su máquina…"

A bordo del platillo volante, Miguel Ángel Aznar apartó los labios del micrófono para decir al profesor Castillo:

—Temo que ni aun esta enumeración de nuestras aventuras sea suficiente para tranquilizarles.

—Basta con que estén avisados. Ahora deberíamos aterrizar y entrar a pie firme en esa ciudad muerta para que nos vean de cerca y se convenzan de nuestra identidad.

Miguel Ángel asintió, aproximó el micrófono a sus labios y anunció:

—¡Amigos! Por si todo esto no basta para inspiraros confianza, yo, Miguel Ángel Aznar, voy a desembarcar acompañado del profesor Castillo y del coronel Tortajada para entrar en la ciudad. Sabemos que estáis aquí porque los hombres grises del segundo platillo nos lo anunciaron creyéndonos de los suyos. ¡Ahora mismo nos disponemos a bajar!

Miguel Ángel entregó el micrófono a uno de los astronautas, hizo señas para que aterrizara al hombre que le había sustituido ante los mandos del aparato y se encaminó hacia la escalerilla de acceso a la cabina inferior.

En este momento, la reina Amatifu abandonó por primera vez su confortable sillón para correr a interceptar a Miguel Ángel.

Era una joven de cabellos negros y ojos negros, extraordinariamente bella, alta, erguida y arrogante. Llevaba

desnudas las bronceadas piernas, un poco musculadas, y se recogía el largo pelo en un chocante moño sobre la cabeza, dejando caer una cascada de cabellos como una cola de caballo sobre los cuadrados y atléticos hombros, Todo su vestido era una especie de "sarong" de tejido burdo, fuerte y listado de brillantes y detonantes colores. Amatifu era la jefa de la tribu de amazonas que hicieron prisionero a Miguel Ángel Aznar.

—Sí tú sales, Amatifu va contigo —anunció mirando en torno con aprensión.

—Muy bien —repuso Miguel Ángel, sonriendo de los temores de la hermosa amazona—. Puedes acompañamos si lo deseas.

La muchacha tomó uno de los machetes de los terrícolas y siguió a los hombres por la escalerilla hasta la sala de máquinas. El grupo aguardó a pie firme junto a la escotilla que acababa de abrirse. Por el hueco podían ver a sus pies la apretada masa de selva que ofrecía la engañosa sensación de subir a su encuentro.

Próximo a rozar las copas de los árboles, el platillo volante se deslizó de lado para ir a inmovilizarse sobre un pequeño calvero de la selva, allí donde la naturaleza roqueña del suelo había detenido la invasión de las plantas.

Lo primero que vieron los sorprendidos ojos de los terrícolas fue una espeluznante siembra de sangrantes despojos esparcidos sobre el verde musgo del calvero, de tal forma que les costó trabajo reconocer los restos de una veintena o más de cadáveres humanos descuartizados.

—¡Cielos! —exclamó el profesor Castillo con los cabellos erizados de horror—. ¿Qué es esto, Dios mío?

El platillo volante, inmovilizándose por completo al llegar a dos metros de altura sobre el suelo, acercó los macabros despojos a los ojos de los terrícolas, permitiéndoles identificar ropas, zapatos y machetes de indudable factura terrestre. Sintiendo ganas de vomitar, Miguel Ángel recorrió con la mirada el terreno observando que, casi sin excepción, los espeluznantes cuartos habían sido despojados de la carne quedando solamente los ensangrentados huesos.

Diríase que una manada de tigres u otras fieras análogas había caído por sorpresa sobre un grupo de seres humanos, dándoles fulminante muerte y retirándose después dejando tirados los restos

de su bárbaro festín.

Pero las apariencias no bastaban para explicar aquello, porque en este planeta no existían fieras. En realidad, y a excepción de las criaturas humanas que debían haber sido traídas desde otros planetas por los hombres grises, no se conocía en Exilo a representante alguno de la vida animal, ni siquiera a los insectos de las especies más modestas.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó roncamente el coronel Tortajada a espaldas de Miguel Ángel—. ¿Quién pudo haber hecho esto? ¿Serán caníbales nuestras amigas las amazonas y no lo sabíamos?

Miguel Ángel, que acababa de saltar a tierra, volvióse para lanzar una mirada escrutadora sobre la reina de las amazonas. Trató de imaginar a la bella Amatifu clavando sus blancos y afilados dientes en un muslo humano, y sintió un hondo malestar en el fondo del estómago. La idea le repugnaba. No podía creerlo.

Amatifu, que acababa de descender a su vez la escalerilla de acceso al platillo volante, dio unos pasos hacia la selva mirando atentamente a su alrededor.

—Fueron los hombres verdes —aseguró con énfasis volviéndose hacia Miguel Ángel—. Sólo ellos comen carne.

—¿Quieres decir que existe otra tribu de nativos aparte de la tuya que practica el canibalismo? —interrogó el joven frunciendo el entrecejo.

Amatifu se quedó mirando sorprendida al terrícola. Éste se dio cuenta de que la palabra “canibalismo” era desconocida para Amatifu y se dispuso a rectificar. Pero entonces vio algo detrás de la amazona, algo que le obligó a abrir los ojos de par en par y dar un brinco de sobresalto.

Del filo de la selva que avanzaba en forma de alero acababan de destacar unas figuras gigantescas. Al principio, Miguel Ángel creyó ser víctima de un mareo que enturbiaba ante sus ojos las imágenes al superponer unos troncos sobre otros. Pero esta ilusión no duró más de dos segundos. Las figuras gigantescas eran verdes, altas y robustas como auténticos troncos de árbol, pero tenían piernas o algo similar, que movían rápidamente y les hacía avanzar velozmente hacia el platillo volante, y también brazos que agitaban en el aire esgrimiendo unos sables curvos extraordinariamente

largos.

Amatifu, siguiendo la dirección de la mirada de Miguel Ángel, se volvió y lanzó un grito:

—¡Hombres verdes!

La horda verde estaba ya rodeando al platillo volante y se ponía a cuatro manos para llegar hasta los terrícolas cuando Miguel Ángel reaccionó plantándose de un prodigioso salto en la escalerilla de acceso.

Amatifu le había precedido ya trepando como un gamo hasta el compartimiento de máquinas de la aeronave, y el profesor Castillo, el coronel Tortajada y Miguel Ángel la siguieron hasta allí a toda velocidad.

Los hombres verdes, que a lo poco que Miguel Ángel pudo ver de ellos alcanzaban estaturas de entre tres y cinco metros, eran demasiado altos para llegar por debajo del platillo volante hasta la escotilla sin gatear. Y esto era precisamente lo que hacían cuando el profesor Castillo gritó:

—¡Cierren la escotilla… rápido!

Se escucharon gritos de alarma y carreras precipitadas en la cabina superior. Alguien zarandeaba el platillo volante con fuerza colosal. Cuantos se hallaban en el compartimiento de máquinas perdieron el equilibrio rodando por el piso. Algo horrible se coló por la escotilla. Era una cabeza verde, enorme, monstruosa. Y un brazo que era un tronco entró también por el hueco blandiendo un sable curvo que golpeó con estrépito contra el bloque de maquinaria de la aeronave.

La escotilla se cerraba en ese momento. El brazo gigantesco y el sable oxidado silbaban por encima de las cabezas de los terrícolas, que corrieron a buscar protección tras el bloque de máquinas o treparon hasta la cabina superior. Dos ojos color marrón, grandes como platos soperos, seguían los movimientos de las criaturas humanas.

Detrás del bloque de máquinas que se levantaba en el centro del compartimiento circular, Amatifu, Miguel Ángel, el profesor Castillo y el coronel Tortajada se reunieron con una docena de asustados muchachos. El largo brazo del monstruo y el sable no llegaban hasta allí.

—¡Cristo! —exclamó Tortajada jadeando—. ¿Qué especie de

bicho es éste?

Escuchóse un largo crujido. Era que la escotilla se cerraba aprisionando al ser verde. Éste, sintiéndose tal vez cogido en el férreo cepo que un poderoso dispositivo hidráulico cerraba estrujando su cuerpo, dio muestras de desesperada furia arremetiendo con su sable contra todo lo que estaba a su alcance.

De pronto arrojó el arma, levantó una horrible garra provista de cuatro dedos, fuertes y largos como brazos humanos, y los introdujo por la escotilla de acceso a la cabina superior.

Escuchóse un alarido de muerte allá arriba. La garra verde se retiró llevando asido por el cuello a uno de los astronautas. Amatifu, que temblaba como un corzo asustado pegando su tibia carne a Miguel Ángel, se incorporó de un salto. Empuñó con resolución su machete y se lanzó fuera de la protección de las máquinas.

—¡Ven aquí, Amatifu! —chilló Miguel Ángel alargando la mano.

Pero la valiente amazona, tanto más valerosa cuanto que sentía verdadero pánico frente a la bestia, había saltado ya ante la horripilante cabeza verde y hundía la hoja de acero en uno de los enormes y desorbitados ojos del monstruo.

Miguel Ángel y Tortajada salieron en pos de ella. El primero empuñaba una pistola “laser” y el segundo un fusil ametrallador atómico de fabricación thorbod.

El fusil no podía utilizarse para distancias tan cortas, so pena de matar al mismo que lo disparara, pero la pistola eléctrica cumplía bien la misión de matar a pocos pasos. Miguel Ángel apretó el gatillo de su pistola.

El dardo eléctrico cruzó deslumbrador el aire cayendo sobre los ojos del monstruo. La cabeza de éste, que tenía un cierto parecido con la de una hormiga, con dos vibrátiles antenas que se agitaban en lo alto del cráneo, se agitó como queriendo apartar de sí aquel molesto haz de fuego. Súbitamente abandonó al hombre y barrió la cabina de un revés que envió violentamente a Amatifu y a Miguel Ángel contra el mamparo.

Aturdido por el golpe, Miguel Ángel vio cómo el coronel Tortajada levantaba del piso el gigantesco sable de la fiera y, enarbolándolo a modo de lanza, lo arrojaba con fuerte impulso contra uno de los ojos de ésta.

El arma se clavó profundamente en una substancia blanda y el monstruo abrió de par en par la cavernosidad desdentada de sus fauces. El robusto brazo de la fiera se agitó furioso derribando a Tortajada y a otros dos muchachos que habían salido de su escondite armados de pistolas eléctricas.

Miguel Ángel levantó la cabeza y vio sobre él las caras pálidas de un grupo de astronautas asomados por el hueco de la escotilla superior.

—¡Muévanse! —les gritó furioso—. ¡Retiren la energía eléctrica del aparato y háganlo bajar!

Las cabezas desaparecieron de la escotilla. Alguien zarandeaba al platillo volante desde fuera. De pronto, el piso pareció hundirse bajo los pies de Miguel Ángel. Era que el piloto había cortado el paso de la corriente eléctrica por la masa metálica del platillo volante. Éste estaba construido de “dedona”, prodigioso metal que era 50.000 veces más pesado que el agua, pero que al ser inducido eléctricamente rechazaba la fuerza de la gravedad de otras masas mayores.

La consecuencia inmediata de la suspensión de la corriente eléctrica fue que el platillo volante recuperó instantáneamente todo su descomunal peso, el cual se elevaba a algunos millares de toneladas. La masa de “dedona” cayó sobre el suelo con un crujido. Los monstruos que estaban debajo de la máquina fueron reducidos a pulpa entre el disco de “dedona” y la roca del calvero. La compuerta de la escotilla se cerró de golpe cercenando limpiamente la cabeza del hombre verde juntamente con un hombro y el brazo que se agitaba en el interior de la cabina.

Pero, cosa extraordinaria, aquel brazo ciclópeo unido al hombro y separado del resto del cuerpo, siguió manoteando mientras la cabeza rodaba de un lado para otro, dando prodigiosos saltos en persecución de los estupefactos astronautas hasta que, al tropezar la empuñadura del enorme sable contra un mamparo, la hoja metálica se clavó más profundamente en el cráneo de la fiera y ésta quedó inmóvil, si bien agitándose todavía en las espasmódicas convulsiones de una extraña y prolongada agonía.

Al cesar la resistencia del monstruo se hizo un extraño silencio. Aquí y allá, los maltratados astronautas iban poniéndose en pie, descendiendo de la cabina superior o surgiendo lentamente por

detrás de aquellos obstáculos donde fueran buscando protección. Un par de muchachos corrieron a levantar a Miguel Ángel mientras otros se inclinaban sobre el hombre que aprisionó la fiera.

—Está muerto —notificó alguien—. La bestia le rompió el cuello.

La curiosidad reunió a la tripulación del platillo en torno al cabezón y el robusto brazo del monstruo, los cuales contemplaron en silencio desde respetuosa distancia.

—Parece una hormiga gigante —murmuró uno de los hombres.

El profesor Castillo se abrió paso entre el círculo de mirones y se acercó a los restos de la fiera. Miguel Ángel le imitó atraído por una irreprimible y viva curiosidad. El círculo de hombres avanzó a la vez estrechando el cerco en torno al grotesco cráneo.

El biólogo y Miguel Ángel se inclinaron sobre la sustancia cercenada por la puerta de la escotilla. El monstruo parecía hecho de una materia blanca, fibrosa y dura, de la que rezumaba un líquido lechoso y fluido. No eran visibles huesos, articulaciones ni otros órganos interiores. Exteriormente, el monstruo estaba cubierto por una especie de corteza verde, blanda, de dos pulgadas de espesor. Esta corteza presentaba rugosidades y pequeñas protuberancias.

Castillo pasó a examinar la cabeza de la bestia. Ésta se reducía a una esfera que se alargaba en la parte anterior y presentaba una boca grande, más bien un simple corte cuyos bordes caían hacia afuera formando a modo de unos labios considerablemente abultados. Los ojos eran enormes en relación con el resto de la cabeza y estaban situados uno a cada lado.

El monstruo carecía de nariz, oídos, dientes y párpados, como asimismo de cejas, pestañas y otras pilosidades. Solamente, por encima de la verde y rugosa testa, se alzaban un par de largas y flexibles antenas, de aspecto y naturaleza idéntica a la de juncos.

El brazo unido al tronco medía unos tres metros de longitud y tenía el grosor de un muslo humano. Carecía de articulaciones y estaba cubierto a partir de la mitad por una espesa pelambre, dura y erizada, que no estaba hecha precisamente de pelos, sino de múltiples y pequeñas raicillas. Esta rama vigorosa iba adelgazándose hacia el extremo hasta bifurcarse en una horquilla de cuatro vástagos del diámetro de sendas muñecas, los cuales se

afilaban hasta terminar en punta.

Miguel Ángel estaba examinando todavía aquel ser exótico, sintiendo su espíritu profundamente turbado por la duda y el temor, cuando el profesor Castillo se incorporó para clavar en las del joven sus pupilas brillantes de excitación.

—Un hombre planta —aseguró con voz ronca.

Un dramático silencio acogió la afirmación del sabio. Los ojos, desorbitados de asombro se clavaron primero en los restos de aquel ser monstruoso, y luego en la cara del profesor Castillo.

—¡Cárape! —exclamó el coronel Tortajada rompiendo el embarazado silencio—. ¿Cómo puede ser esto una planta?

—¿Por qué se sorprende? —contestó el profesor—. Con ésta van tres veces que nuestra ciencia se enfrenta con el enigma de los animales-planta. Los primeros exploradores que en el siglo veinte llegaron al planeta Venus ya tuvieron ocasión de contemplar las sorprendentes formas de una vida vegetal animada y en posesión de una rudimentaria inteligencia. Miles de años después, el envenenamiento radioactivo de la atmósfera de nuestro planeta Tierra dio origen a una flora completamente nueva, entre la que encontramos nuevamente ejemplares vegetales dotados de órganos visuales y una primitiva inteligencia. Con el tiempo para evolucionar, aquellas plantas hubieran alcanzado tal vez perfecciones similares a las del género humano. El hombre se interpuso siempre entre los animales-plantas recién nacidos a la vida y su evolución. Pero en este planeta, donde también hubo envenenamiento radioactivo de la atmósfera y han transcurrido miles de años desde que el hombre gris se marchó, los hombres-plantas pueden haber avanzado más en el largo camino de la evolución y alcanzar una inteligencia superior a la de sus congéneres de otros planetas.

—¡Hombre, Castillo! —protestó el coronel haciendo una mueca —. ¿Por qué se empeña en complicarnos más la existencia? ¿No bastará con atribuir a estos bichos la mentalidad y la ferocidad de las fieras salvajes, reservando la suprema maldad e inteligencia para los hombres grises?

—Sólo cuando les conozcamos mejor podremos catalogarlos de una manera definitiva —repuso el profesor Castillo.

—Nos ocuparemos de ellos a su debido tiempo —dijo Miguel

Ángel—. Por lo pronto desembarcaremos armados de pistolas ametralladoras. Las descargas eléctricas apenas si afectaron a este monstruo, pero todavía no hemos tropezado con hombre o bestia capaz de sobrevivir a la explosión de una bala atómica.

El grupo se disolvió. Unos arrinconaron los restos del hombre-planta. Otros levantaron el cadáver del compañero muerto o asistieron a los heridos y contusionados en la lucha. Los pilotos regresaron a sus puestos y el platillo volante volvió a elevarse dos metros sobre el nivel del suelo. Mientras tanto, Miguel Ángel Aznar, el profesor Castillo y el coronel Tortajada se embutían en los trajes especiales contra la radioactividad. Amatifu, la reina de las amazonas, prefirió quedarse en el platillo. La casa mágica acababa de darle una prueba muy estimable de su robustez frente al ataque de los hombres verdes.

Listos ya para desembarcar, Miguel Ángel interpeló a uno de los muchachos:

—¿Quedan hombres-planta ahí fuera?

—No se ve a nadie, señor. Aunque es sumamente difícil distinguir a esos bichos entre la selva.

—Abran la escotilla.

La sección del piso que antes aprisionara al monstruo volvió a caer hacia afuera formando una escalera. Los tres hombres descendieron por ella, mirando a todas partes con desconfianza a través del cristal azul de sus escafandras. Lo primero que advirtieron fue que una parte de la superficie del calvero había descendido medio metro de su nivel anterior.

La masa del platillo volante, con sus miles de toneladas de peso, había hundido y resquebrajado el suelo de la roca. Los hombres-planta que se encontraban debajo de la máquina habían quedado reducidos a una película de pulpa de madera, no más gruesa que una hoja de papel.

—Si esos bichos poseyeran alguna inteligencia —comentó el coronel Tortajada— jamás volverían a ponerse debajo de un platillo volante hecho de dedona.

—Deje de charlar y vigile la retaguardia —le recomendó Miguel Ángel—. Esos endiablados Hombres Verdes se confunden entre las demás plantas del bosque.

Miguel Ángel y el profesor, con las pistolas ametralladoras

amartilladas y los índices sobre los gatillos, avanzaban seguidos del coronel sorteando los troncos de los árboles. Temían ser sorprendidos a cada instante por un mortal zarpazo vegetal o el fatal golpe de uno de aquellos enormes sables de que iban armados los monstruos. Sus trajes, simples fundas de tela, no les protegían contra las estocadas.

Habían llegado hasta la ciudad muerta de Kart guiados por los "ecos" del radar, pudiendo ver desde el aire diversas columnas de humo que señalaban la situación de otras tantas fogatas. Estas señales de hogueras les habían sorprendido mucho, ya que denunciaban a los hombres que las estaban atizando. Ahora comprendían que el fuego debió de ser la única barrera que los supervivientes de la colonia pudieron oponer a los ataques de los hombres-planta.

A medida que avanzaban sigilosamente a través de la selva, Miguel Ángel podía comprobar que flotaba entre los árboles una nube de humo por momentos más espesa. Poco después escucharon el crepitar de una fogata y, guiados por el ruido y el humo, llegaban hasta una hoguera que ardía sobre un pedazo de pista de cemento.

—¡Cuidado! —gritó en ese momento el coronel Tortajada.

Miguel Ángel y el profesor Castillo se volvieron mientras sonaba el tableteo de la pistola ametralladora de Tortajada. Vieron estallar los proyectiles atómicos a unos cincuenta metros de distancia, y volar entre los fogonazos cabezas provistas de antenas, troncos y ramas.

Las ametralladoras de Miguel Ángel y el profesor Castillo se unieron a la del coronel, barriendo literalmente doscientos metros de selva con el fuego de sus balas atómicas. El humo, el polvo y la lluvia de hojas desprendidas de las copas de los árboles formaban una espesa nube mucho después que las ametralladoras dejaron de disparar.

—Eran cinco o seis de esos monstruos que venían siguiéndonos los pasos —aseguró Tortajada.

En esto oyeron una voz que les llamaba.

—¡Almirante Aznar!

Un par de hombres acababan de brincar sobre la hoguera y venían corriendo hacia el ex almirante mayor de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas. Miguel Ángel reconoció en uno de ellos

al profesor Aznar-Núñez, joven y notable ingeniero experto en construcciones aeronáuticas.

Núñez, loco de alegría, abrazó a Miguel Ángel y palmeó cariñosamente en las venerables espaldas del profesor Castillo. Creía estar soñando y no cesaba de lanzar exclamaciones de entusiasmo.

—¡Demonio! ¡Demonio! —resolló apretando el brazo de Miguel Ángel—. Cuando usted empezó a hablar por el altavoz desde los platillos volantes, no podíamos dar crédito a lo que escuchábamos. Nos considerábamos irremisiblemente perdidos, cercados como estamos por esos horribles hombres-planta y sabiendo que los hombres grises habían aniquilado a los compañeros de la colonia. Usted voló sobre nuestro pueblo, señor Aznar. ¿No vio supervivientes?

—Es posible que hubiera alguien moribundo con quemaduras radioactivas —murmuró Miguel Ángel con tristeza—. ¿Pero qué podíamos hacer por ellos? Los Balmer, cuando se marcharon con el autoplaneta Valera, creían que este mundo estaba deshabitado y todavía tardaríamos algunos siglos en manipular productos de fisión. No nos dejaron medicamentos ni instrumentos para combatir la radioactividad producida por las explosiones atómicas, ¿comprende?

—Sí. ¡Buena nos la hicieron aquellos estúpidos Balmer!

—A propósito de los Balmer —murmuró Miguel Ángel—. ¿Se encuentra mi cuñado José Luis Balmer entre ustedes… por casualidad?

—No, José Luis Balmer, con su esposa y su madre política, abandonó nuestra colonia poco después de marcharse usted hacia las montañas.

—¿Cómo? —chilló Miguel Ángel asiendo al ingeniero por el cuello de la blusa—. ¡Repita eso!

—Se marchó —repitió el joven—. La verdad era que, siendo el único Balmer puro de la colonia y habiendo acaudillado el motín por cuya causa nos vemos en este estado, su existencia estaba llena de dificultades entre nosotros. No podía ir a ninguna parte sin que los Aznar le insultaran y amenazaran. Decidió marcharse con su mujer y su niña para evitar mayores conflictos.

—¿Y mi madre se fue con ellos? —preguntó Miguel Ángel con

esperanza.

—Sí, señor.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró el joven con lágrimas en los ojos—. ¡Entonces es casi seguro que se salvaron de la explosión de la bomba atómica!

—Así lo espero, señor —murmuró el ingeniero sonriendo con amargura.

Miguel Ángel comprendió que su felicidad hacía daño a sus compañeros, los cuales tenían familiares en la colonia aniquilada. Pensó entonces en aquel millón y medio de desgraciados vilmente asesinados por la Bestia Gris, y preguntó con un hilo de voz:

—¿Cuántos se salvaron con usted, Núñez?

—Éramos alrededor de cinco mil entre hombres y mujeres cuando emprendimos la marcha hacia esta ciudad en ruinas. Los hombres-planta nos acosaron a partir de la mitad del camino, sin permitimos retroceder y matando y devorando a algunos centenares de los nuestros…

—Cinco mil —murmuró Miguel Ángel sintiendo que las lágrimas ponían un nudo amargo en su garganta—. ¡Todo lo que queda de un millón quinientos mil seres humanos!

En este momento una tromba de hombres y mujeres salía del subterráneo que protegía la fogata y se lanzaban dando gritos de alegría al encuentro de aquel que ya en Valera era su caudillo. Una vez más, un Aznar reaparecía, como llovido del cielo, para volcar en los corazones de los suyos su inagotable caudal de fe y esperanza.

CAPÍTULO II

DESESPERACIÓN

POCAS horas después de haber llegado a la ciudad muerta de Kart, Miguel Ángel Aznar se reunía con los prohombres de la colonia en torno a una maltratada mesa de cristal.

El conciliábulo tenía por escenario el sórdido marco de una habitación subterránea, construida por los hombres grises thorbod muchos milenios atrás. En realidad se trataba de un refugio, un sólido “bunker” de cemento y acero profundamente enterrado bajo la derruida ciudad.

La prolífica vegetación había cubierto piadosamente las montañas de escombros de la ciudad muerta. De ésta sólo quedaban aquellos subterráneos, en otros tiempos bien acondicionados, construidos por la Bestia Gris para que sirvieran de refugio a los habitantes de Kart durante un posible bombardeo atómico.

Los nahumitas, en su guerra contra los thorbod, habían demostrado la inutilidad de estos refugios cuando toda la atmósfera de un planeta era envenenada de radioactividad. Ya ni cenizas quedaban de los millares de thorbod que hallaron la muerte en aquellos subterráneos. El soplo de los siglos había amasado en el mismo polvo los huesos, las ropas y gran número de utensilios metálicos. Sólo quedaban algunos muebles y objetos de cristal.

Exploradores de la colonia terrícola habían atravesado un centenar de kilómetros de selva a lomos de sus caballos y descubrieron la demolida ciudad de Kart. Cuando los exploradores volvieron a la colonia, Miguel Ángel acababa de emprender su excursión hacia las lejanas montañas en busca de mineral de hierro.

Los ingenieros que habían quedado en la colonia pensaron

inmediatamente en los grandes recursos de acero que podrían extraerse de la ciudad thorbod. Una expedición de 5.000 hombres y mujeres jóvenes y vigorosos se puso en marcha a través de la selva. Los hombres planta les sorprendieron cuando estaban cerca de Kart, a donde los terrícolas corrieron a refugiarse y desde la cual vieron brillar en la noche el resplandor de la explosión atómica que aniquiló la colonia establecida junto al mar.

Después de ser puesto al corriente de estos sucesos, Miguel Ángel había enviado a uno de los platillos volantes a la aniquilada colonia al objeto de comprobar si quedaban supervivientes. La aeronave volaría después a lo largo de la costa buscando a José Luis Balmer y a las dos mujeres y la niña que le acompañaban.

Mientras tanto, una cuadrilla de expertos trabajaban sobre el segundo platillo volante haciendo algunas reformas en las cabezas “robot” de los proyectiles cohete para que éstos no rehusaran dirigirse contra las aeronaves thorbod, si se presentaba la ocasión de entablar combate con ellas.

—Desde luego —dijo Miguel Ángel a los hombres reunidos en torno a la mesa bajo la luz de una chisporroteante antorcha— debemos descartar la idea de que los hombres grises se han marchado en su autoplaneta sin dejar en Exilo otra fuerza que esos dos platillos volantes que obran en nuestro poder. En algún punto de este planeta, los thorbod tienen al menos una base donde hay concentrados más aparatos. Lo que tengamos que hacer habremos de decidirlo pronto, antes de que los thorbod echen en falta estas dos aeronaves y vengan a buscarlas.

Los generales, almirantes y científicos se miraron unos a otros con desconcierto. Después de varios meses de tranquila permanencia en Exilo, donde se creían completamente solos, los acontecimientos habíanse precipitado de tal manera en unas horas, que era común a todos un aplastante sentimiento de estupor, angustia e impotencia.

—Hacer algo, sí, ¿pero qué? —exclamó el almirante Rodrigo Aznar agitando la cabeza con desaliento—. Si los thorbod han dejado aquí una guarnición, como es lógico, ¿qué probabilidades de sobrevivir nos quedan? En cualquier momento pueden enviar contra nosotros una flota de platillos volantes que nos reduzcan a pedazos.

El concilio aprobó los fúnebres augurios del almirante con

repetidos movimientos de cabeza.

—Yo creo —dijo el vicealmirante Jorge Aznar— que debemos abandonar toda esperanza de salvación y proceder desde ahora mismo como si tuviéramos contados los minutos de nuestra vida. Es preciso que nuestra Federación de Planetas conozca la resurrección del poderío militar thorbod. Puesto que de nada nos sirven estos dos platillos volantes, metamos en ellos una reducida tripulación y enviémosles a la Tierra y Redención con un mensaje de aviso.

—Imposible —opuso Miguel Ángel—. También yo había pensado en ello, pero la idea es irrealizable.

—¿Por qué? —interrogó un general del Ejército—. Una vez acelerados hasta alcanzar una velocidad conveniente, esos platillos volantes podrían parar los motores y llegar hasta la Tierra y el planeta Redención.

—Cierto. ¿Pero de qué vivirían las tripulaciones durante los cuarenta años y pico que duraría el viaje? —preguntó a su vez Miguel Ángel—. No es posible almacenar alimentos para medio siglo, ni hay a bordo de los platillos sistema de hibernación para aletargar a los tripulantes. No, los hombres que enviáramos a la Tierra y Redención no contarían con una probabilidad entre mil de llegar a su destino.

—¿Conoce usted alguna forma de aumentar el número de probabilidades de éxito? —preguntó el general.

—Sí. Y consiste en enviar esos platillos volantes, no a la Tierra ni a Redención, sino a Nahum.

—¡El autoplaneta de la Bestia Gris ha salido en dirección a esos planetas!

—En efecto. Pero la invasión de los planetas nahumitas por los thorbod no será cuestión de un día. Nuestros platillos volantes llegarán casi al mismo tiempo que el autoplaneta thorbod. Tendrán tiempo de pedir a nuestros amigos de allá un par de “discos volantes” de gran porte. Nuestros enviados regresarían con los transportes, evacuaríamos estos planetas y nos dirigiríamos a la Tierra o a Redención.

—Habrá transcurrido un siglo cuando lleguen esos navíos. A ese tiempo equivalen los años que se invertirán en la ida y la vuelta a Nahum —objetó el almirante Rodrigo Aznar.

—¿Y eso qué importa? Puede que para entonces ya no queden

aquí cenizas de nosotros. Pero las astronaves tendrán tiempo de llegar a nuestros planetas federados con varios años de anticipación al posible ataque de la Bestia. Esta es la única forma que conozco de obtener la seguridad absoluta de que nuestro aviso llegará a la Tierra y Redención, evitando un desastre a la humanidad entera.

Los hombres reunidos en torno a la mesa de cristal se miraron unos a otros.

—A mí me parece buena la idea —aseguró el almirante Rodrigo —. ¡Lástima que aquellos que vayan a Nahum vuelvan demasiado tarde para salvar a los Aznar que viven en los otros cuatro planetas de esta galaxia!

Las últimas palabras de don Rodrigo sumieron a la reunión en la amargura. Era doloroso saber que había siete u ocho millones de Aznar condenados al exterminio y no poder hacer nada para detener el golpe asesino, próximo a caer sobre sus cabezas.

—Nos queda la esperanza de que los thorbod respeten sus vidas para convertirles en esclavos —murmuró el profesor Valera—. Los hombres grises han debido reírse mucho al ver nuestras fatigas. "Dejémosles trabajar como galeotes, en la creencia de que están forjándose un imperio", habrán dicho. "Cuando nuestro autoplaneta regrese victorioso de Nahum, los terrícolas habrán convertido estos mundos en un Edén. Entonces nos dejaremos ver. Nuestro fruto será el fruto del trabajo de esos infelices, y esclava la joven población de estos mundos, que se habrá multiplicado considerablemente".

—Mi querido profesor —suspiró Miguel Ángel Aznar—. Es inútil que nos forjemos ilusiones. Ese debió ser el primitivo plan de la Bestia. Pero al apoderarnos de dos de sus platillos volantes y obtener un medio de salvar a la humanidad, hemos condenado irremisiblemente a los Aznar de esta galaxia. Los thorbod sabrán que poseemos medios de navegación interplanetaria y deducirán que hemos avisado a nuestros hermanos de las otras colonias de su existencia. Es, naturalmente, lo primero que haremos antes de enviar esas astronaves a Nahum. Nuestros hermanos tienen derecho a conocer lo que les aguarda. Si se dispersan con tiempo es posible que se salven muchos millares de ellos. Pero desde el momento en que sepan la existencia de la Bestia Gris, dejarán de ser un pueblo organizado para convertirse en bestias salvajes que los thorbod perseguirán implacablemente.

El profesor Valera consideró en silencio las palabras de Miguel Ángel. Agitó la cabeza con pesimismo y suspiró.

—Sí —dijo—. Desgraciadamente, tiene usted razón. La Bestia no puede esperar ya de nosotros que le colonicemos sus mundos, y siendo así deja de haber razón alguna para que nos permitan vivir. Como la de Exilo, las cuatro restantes colonias terrícolas de los otros planetas serán dispersadas con una lluvia de bombas atómicas.

Fue en este momento cuando el profesor Castillo y el coronel Tortajada entraron en el "bunker" llevando en las manos unos objetos extraños y en las pupilas una extraña expresión de asombro y temor.

—¿Qué ocurre, profesor? —le preguntó Miguel Ángel—. ¿Qué llevan ahí?

—No lo sé a ciencia cierta, aunque creo adivinar de qué se trata —contestó el sabio mirando el objeto que traía entre manos—. Acabo de sacarlo de la espalda de uno de aquellos hombres-planta que destruimos al llegar a esta ciudad.

Miguel Ángel Aznar contempló lo que le mostraba el profesor. Se trataba de una caja metálica, no más grande que un estuche para zapatos. Una de las caras había sido cortada y levantada con la punta del machete permitiendo ver en el interior un enredijo de transistores y circuitos eléctricos. De uno de los costados de la caja sobresalía un cable de cobre envuelto en aislante.

—¿Un aparato de radio? —preguntó Miguel Ángel.

El ingeniero Núñez se acercó atraído por la curiosidad.

—¿Me permite que le eche un vistazo? —dijo tomando la caja de manos del profesor. Luego examinó atentamente su contenido—. En efecto, es un compacto de emisor-transmisor de radio y receptor de ondas energéticas.

Miguel Ángel experimentó una súbita sensación de vacío. Los hombres, a su alrededor, guardaban silencio.

—¿Qué significa esto? —murmuró Miguel Ángel como hablando consigo mismo, aunque con voz suficientemente alta para que le oyeran los demás. Y mirando al profesor Castillo—: ¿Cómo pudo llegar este aparato hasta la espalda de ese monstruo?

—Evidentemente alguien lo puso allí —contestó Castillo. Y sacó del bolsillo dos pequeños objetos que mostró en la palma de la mano—. Vea esto. Estaban incrustados en la cabeza del hombre-

planta, una en la raíz de cada antena. Si quiere saber lo que pienso, creo que la mentalidad de estas toscas criaturas está interceptada, más bien guiada, por otra mentalidad superior.

—¿La de los hombres grises, tal vez? —preguntó Miguel Ángel roncamente.

—Sí.

Un dramático silencio envolvió a aquel grupo de hombres reunidos en un polvoriento "bunker" de acero y cemento bajo los escombros de la ciudad muerta de Kart.

CAPÍTULO III

EL ENIGMA DE LOS HOMBRES PLANTA

BAJO el rojizo resplandor de la antorcha, muchos rostros aparecían lívidos. Nadie conocía exactamente la trascendencia que pudiera tener el descubrimiento del profesor Castillo. Pero estando de por medio la Bestia Gris, nada bueno podía esperarse.

Concurría además en el hecho algo completamente nuevo e inesperado. La insaciable curiosidad de la Ciencia había intentado reiteradamente penetrar en los arcanos del pensamiento, buscar una fórmula que explicara el fenómeno de la más misteriosa de las funciones, desmontar la intrincada maquinaria cerebral para reproducir sus piezas y sus movimientos. Pero el pensamiento escapaba siempre al análisis de los infatigables sabios. Su naturaleza sutil no podía introducirse en retortas ni verse con los más potentes microscopios. Como la electricidad en los cuerpos, el pensamiento podía encontrarse animando, siquiera fuese en medida infinitesimal, los seres más pequeños. Sin embargo, no podía verse ni apresarse. Existía y se manifestaba. Era la fuerza más potente de la Creación, quizás la única que el hombre no podía reproducir con máquinas o simples fórmulas matemáticas…

—Mi querido profesor —rezongó uno de los sabios allí presentes rompiendo el opresivo silencio—. Su teoría sobrepasa los límites de la fantasía más exaltada. La ciencia se ha estrellado siempre contra lo imponderable al tratar de explicarse el mecanismo que mueve al pensamiento. La Bestia Gris, para realizar su hazaña, tendría que haber penetrado en el reino de lo sobrenatural.

—La Bestia Gris —aseguró Castillo— no ha tenido que pisar el terreno de lo sobrenatural para interferir el pensamiento de los

hombres-planta. También nosotros podríamos hacerlo si tuviéramos tiempo y medios para estudiar a estas criaturas. Incluso ahora mismo, después de haber examinado superficialmente a estos seres, creo poder adivinar de qué medios se han servido los thorbod para imponerles su voluntad.

—¿Por hipnotismo tal vez? —preguntó un general del Ejército.

Castillo sonrió.

—Más sencillo que eso. Los thorbod no han hecho más que aprovecharse de las peculiaridades del lenguaje de los hombres-planta.

—¡Hola! —exclamó uno de los sabios profesores arrugando el entrecejo—. ¡Si resultará que esas bestias vegetales tienen su idioma y todo!

—Naturalmente que lo tienen —aseguró Castillo imperturbable —. No un lenguaje de sonidos articulados, pero sí por señas. Y por algo todavía más extraordinario; por transmisión de pensamiento.

—¡Eso es lo que nos faltaba oír! —exclamó despectivamente un sabio profesor.

Castillo se sonrojó.

—Ya le advertí a usted que mis teorías no tendrían validez en tanto no fueran apoyadas por el dictamen de la Ciencia —dijo el sabio a Miguel Ángel con ironía.

—No haga caso y prosiga, profesor —rogó Miguel Ángel lleno de incredulidad y temor.

—Notaría usted que los hombres-planta tienen en lo alto del cráneo dos largas antenas muy flexibles —dijo Castillo, dirigiéndose a Miguel Ángel.

—Sí. Lo noté. Dos antenas parecidas a las de las hormigas.

—Exactamente. Dos antenas parecidas a las de las hormigas.

—¿Por simple flujo de las ideas a través de las antenas? —interrogó riendo uno de los científicos.

—Más bien por un código de señales a base de contactos o golpecitos de antenas —opinó el profesor Castillo contestando a la pregunta de su colega, pero dirigiéndose a Miguel Ángel.

Cesaron las risas sofocadas. Un silencio de estupor se cernió sobre aquella polvorienta sala mientras el profesor mostraba los dos pequeños aparatitos metálicos, no más grandes que el puño de un hombre.

—Esto lo tenía el hombre-planta que descuarticé, dentro de la cabeza, exactamente bajo la base de las antenas —anunció gravemente poniendo los objetos en las manos de Miguel Ángel—. No es necesario ser un perito para comprender que se trata de dos vibradores eléctricos. Estaban conectados con un hilo de cobre a esta caja de acero inoxidable.

—Hay una forma de imponer el pensamiento a otro —repuso Miguel Ángel con brevedad— y consiste en la educación. Si los thorbod pueden murmurar consejos en el cerebro de los hombres-planta y éstos se acostumbran a dejarse llevar, su voluntad puede atrofiarse hasta el punto de no saber moverse sin la dirección de un pensamiento más enérgico y completo que el suyo, que ha llegado a imponerse a fuerza de presionarlo sin descanso.

Alguien profirió un largo silbido de asombro. Miguel Ángel tomó los vibradores y los examinó superficialmente.

—Si, como supongo, los hombres-planta tienen un código de señales con sus antenas, el cometido de estos artefactos está claro —prosiguió diciendo el profesor Castillo—. La caja grande debe de ser poco más o menos un aparato receptor que, funcionando con la electricidad que le suministra el pequeño receptor de ondas energéticas, transmite una serie de vibraciones a la base de las antenas de los hombres-planta.

—Todo es muy sencillo —aseguró un ingeniero electrónico.

—Sí, todo es muy sencillo —afirmó Castillo—. Lo difícil, donde los thorbod habrán tenido que emplear a fondo su inteligencia, es transformar la palabra en impulsos eléctricos que correspondan al lenguaje de vibraciones de las antenas de los hombres-planta. Sabe Dios la energía y la paciencia que habrán derrochado esos diablos color ceniza antes de conocer el lenguaje de estas criaturas vegetales.

—También puede haber otra forma —dijo el profesor Castillo—. Supongamos que la vibración de las antenas de esas criaturas es independiente a su voluntad, que vibran continuamente mientras el monstruo cavila. Cada idea del hombre-planta, lo que ve y cuanto siente, puede llegar por conducto de un vibrador transmisor a conocimiento de los thorbod. Pero a la inversa, un vibrador eléctrico que actuara sobre la base de las antenas del hombre-planta, podría llegar a ser como un pensamiento superpuesto a otro

pensamiento, tan fuerte que anulara el del monstruo, que se impusiera, en fin, y obligara al hombre-planta a obedecer los dictados de la mentalidad dominante.

Un largo silencio acogió las palabras del profesor Castillo. Los hombres de armas habían dejado de reír, impresionados por la súbita gravedad que se reflejaba en los rostros de los científicos.

—Lo que me gustaría saber —murmuró el almirante Aznar Furió— es qué utilidad puede obtener la Bestia Gris de la sumisión de estos monstruos. Alguna habrá, desde luego, pues los thorbod no hacen nada en vano. ¿Pero cuál?

—Por lo pronto —repuso Miguel Ángel siguiendo el hilo de sus reflexiones— contar con un ejército mucho más eficiente que nuestro ejército de máquinas robot. Un hombre-planta no requiere los continuos cuidados de un artefacto tan complicado como un hombre autómata.

—Y sobre todo —añadió el profesor Castillo— es mucho más barato de mantener, más fácil de reparar y más sencillo de crear. He encontrado unas cápsulas de esporas en la corteza de esos monstruos. Por muy fantástico que parezca, los hombres-planta se pueden sembrar como los hongos.

—¡Cielo santo! —exclamó un ingeniero con la faz lívida—. ¿Cuántos soldados-planta podrían poner en pie de guerra los thorbod si quisieran?

—A esta pregunta puede contestarle esta otra. ¿Cuántos manzanos podrían plantarse si se dedicara a su cultivo toda la superficie de la Tierra? ¡Millones! ¡Millares de millones! ¿Quién sabe? —murmuró el profesor Castillo abriendo los brazos en ademán de impotencia.

—¡Entonces está claro! —balbuceó el almirante con voz entrecortada por la agitación—. ¡Es en los hombres-planta en quienes los thorbod apoyan su pretensión de conquistar el Universo! Es así como han logrado resolver su eterno problema de muchedumbres. La Bestia es una criatura de extraordinaria inteligencia, pero de lenta y escasa fecundidad, que necesita de mucho tiempo y cuidados para desarrollarse. Para ocupar y explotar los mundos que conquista necesita del auxilio de grandes contingentes humanos. Nuestra Humanidad le ha derrotado siempre por su superior capacidad de reproducirse y porque ella tuvo que

echar mano de nosotros para acrecentar su poder. Pero las cosas serán distintas si el thorbod llega a pisar de nuevo nuestros planetas. Los hombres-planta le ayudarán primero a invadir nuestros mundos, y le servirán en las minas, en las fábricas y en sus futuras conquistas con ejemplar lealtad… ¡Dios Todopoderoso! ¿Quién podrá contener la futura invasión de los hombres-planta?

Como antes al dejar de hablar el profesor Castillo, un sombrío y largo silencio acogió las profecías del almirante Aznar Furió. Esta pausa fue aprovechada por Miguel Ángel Aznar para ordenar sus pensamientos y decir:

—En una guerra que nos enfrentara de nuevo en el futuro, nuestras bombas anticatalizadoras de la clorofila, las mismas que ya utilizamos para derrotar al imperio de Nahum, podrían servir para convertir en humo las legiones de los hombres-planta que trataran de invadir nuestros planetas.

—En efecto —contestó el profesor Castillo— aunque podría hacerse al precio de volatilizar también las plantas verdes de nuestros mundos. Las bombas anticatalizadoras no harían distinción entre las legiones de hombres-planta y nuestra propia vegetación.

—Sí, eso es cierto. Aun con nuestra poderosa arma esos hombres-planta constituyen una seria amenaza para la humanidad. Si los thorbod consiguieran derrotarnos de nuevo, esta vez aniquilarían sin compasión a nuestra raza. La Bestia Gris no conoce la piedad, la piedad es una flaqueza propia de los humanos que ellos nos han echado en cara más de una vez. Si en tiempos pasados la Bestia Gris permitió vivir a nuestros antepasados, lo hizo pura y simplemente por conveniencia propia. Los thorbod nos necesitaban para trabajar en sus fábricas y explotar sus minas de “dedona” en Ganimedes. Pero si volvieran a triunfar sobre nuestras armas utilizarían a los hombres-planta como mano de obra abundante y barata. Sencillamente, no les somos necesarios.

El almirante Aznar Furió descargó su puño sobre la mesa.

—Debemos despachar a esos platillos volantes a Nahum con toda urgencia. En mi opinión, si la Bestia Gris se ha lanzado al ataque sobre Nahum, es porque se consideran con fuerzas para obtener una victoria. Vencido Nahum, el próximo golpe se dirigirá contra los planetas terrícolas con toda certeza.

—Bien, pero hemos quedado en utilizar esos platillos para llevar

aviso de cuanto ocurre a nuestros compatriotas de los planetas vecinos —recordó Miguel Ángel—. Y debemos hacerlo pronto, antes que los thorbod descubran que tenemos sus platillos volantes y decidan aniquilar a nuestros amigos en los cuatro planetas restantes.

—Tal vez incluso sea ya demasiado tarde —apuntó un general de división—. Enviar los platillos volantes a esos planetas supone un riesgo que yo no correría. Lo que debemos hacer es despachar esos aparatos directamente a Nahum.

—¿Y abandonar a su suerte a nuestros compatriotas para que les aniquilen como ocurrió con nuestra colonia? —protestó Miguel Ángel.

—¿Qué podemos hacer por ellos? La radio es más veloz que el más rápido platillo volante. Cuando lleguemos allí probablemente sólo vamos a encontrar las cenizas de nuestras colonias.

—No sabemos cómo actuará la bestia Gris. Si existe una probabilidad entre un millón de llegar a tiempo de salvar a nuestros compatriotas, debemos probar y tratar de llegar hasta ellos antes de que caiga sobre sus cabezas una bomba de hidrógeno.

—¡Esos imbéciles Balmer! —exclamó el ingeniero Núñez—. ¿Por qué no nos dejarían al menos una emisora de radio para que pudiéramos comunicarnos con los exilados de los otros planetas?

—Es inútil lamentarse —dijo Miguel Ángel—. Lo que procede es salir inmediatamente con esos platillos volantes.

—Esos platillos jamás llegarán a su destino —arguyó pesimista el general de división—. La guarnición aérea de aquellos planetas los derribará en el espacio.

—Correremos el riesgo —repuso Miguel Ángel—. Y puesto que de correr un riesgo se trata, no obligaré a otros a exponerse. Yo tripularé uno de los platillos.

—Somos muchos dispuestos a correr ese riesgo, Almirante —dijo un joven capitán de navío de la Armada Sideral—. A menos que quiera usted ir a Nahum…

—No voy a ir a Nahum —cortó Miguel Ángel—. Sin contar que tengo en este planeta a mi familia, tengo un deber que cumplir ante mis amigos. Ustedes me nombraron su jefe.

—Es lo que iba a decir, Almirante —dijo el joven capitán disculpándose—. Su presencia será más útil aquí que tripulando

esos platillos. Y esos aparatos deben escapar para llegar a Nahum, sería perder el tiempo el tener que regresar a este planeta para dejarle a usted.

Este razonamiento estaba lleno de lógica y Miguel Ángel tuvo que admitirlo así. No tenía ningún interés especial en hacer el viaje hasta los planetas vecinos, y ni siquiera había pasado por su imaginación la idea de regresar a Nahum.

—Tendremos que preparar esos platillos volantes adecuándolos tanto para un largo viaje como para un probable encuentro con los platillos volantes de la Bestia Gris.

—Estos son dos platillos volantes de la Bestia Gris —recordó el coronel Tortajada.

—Precisamente por eso tenemos que efectuar algunas modificaciones en su equipo. Por ejemplo, los missiles de estos aparatos rehuirán atacar si se disparan contra otros aparatos de la Bestia Gris. Por el contrario, nos interesa conservar el sistema de identificación electrónica que llevan actualmente. Los missiles de la Bestia Gris rehusarán dirigirse contra nuestras aeronaves. ¿Alguien se ha ocupado de averiguar si hay provisiones almacenadas a bordo de esos platillos que capturamos?

—Sólo para dos o tres días —aseguró Tortajada—. Lo que demuestra que los thorbod tienen en este planeta una base bien aprovisionada. Y puesto que hablamos de bases… ahora recuerdo que tenía algo que enseñarles.

Así diciendo, Tortajada introdujo la mano en uno de los grandes bolsillos de sus calzones y sacó de ellos un papel doblado.

—Lo encontré a bordo del platillo volante mientras lo registraba de arriba abajo —manifestó el coronel entregando el papel a Miguel Ángel—. Pero se me fue de la cabeza con todo esto de los hombres-planta.

—¿Qué es? —murmuró el joven deshaciendo los pliegues del papel. Y tras echarle una ojeada rezongó—. ¡Un mapa!

—El mapa de todo un continente —dijo el vicealmirante Jorge Aznar mirando por encima del hombro de su joven pariente—. El del continente en que estamos, tal vez. ¿Pero de qué puede servirnos?

Miguel Ángel estuvo mirando el mapa durante un largo rato. En él se especificaban los nombres de todos los ríos, mares, cabos y

golfos del territorio así como las cordilleras, los volcanes y las cimas de las montañas más elevadas, todo en caracteres thorbod.

—Me pregunto —murmuró Miguel Ángel— dónde diablos tendrán los hombres grises su base de operaciones. Hay algo que resulta difícil de admitir, y es que nuestros telescopios más potentes y nuestros detectores electrónicos han explorado palmo a palmo la superficie de este planeta sin descubrir nada que delatara la presencia de la Bestia Gris. Y sin embargo, los thorbod llevaban aquí siglos. Aquí han construido su gigantesco autoplaneta "Bolina", y han vivido y se han reproducido por largo tiempo. ¿Pero dónde están sus ciudades? ¿Dónde esconden las factorías y los hornos de fundición que utilizaron para construir su autoplaneta?

—Puede usted tener la seguridad de que escudriñamos a conciencia hasta el último rincón de los planetas de esta galaxia —afirmó el profesor Valera-Aznar, uno de los miembros de la numerosísima familia Valera que desde siglos detentaban la rama de la Astronomía.

—Pues así y todo se tiraron ustedes una plancha fenomenal —refunfuñó el ingeniero Núñez—. Si los thorbod construyeron aquí su autoplaneta, por fuerza han de ocultarse en cualquier sitio. Y, desde luego, esa industria está funcionando todavía. Sería absurdo que los thorbod se marcharan a la conquista de Nahum y cerraran sus factorías hasta su regreso. Más lógico es que sus factorías continúen fabricando armas y buques siderales mientras dura su ausencia. Y una fundición de tanta importancia necesita aire para la combustión, minas que le aprovisionen de mineral, y chimeneas para expulsar el humo.

—Todo eso lo tendrá la Bestia muy bien escondido —objetó el astrónomo queriendo salvar la responsabilidad de los suyos—. ¡No querría usted que levantaran sus ciudades en la superficie de la tierra, ni que sus fábricas ocuparan centenares de kilómetros cuadrados a cielo descubierto!

—¡Hombre! —exclamó Núñez con ironía—. Como querer, sí que querría que sus ciudades y sus fábricas hubieran estado a la vista. Pero aun cuando los thorbod hayan vaciado el interior de este planeta para esconderse por fuerza tienen que haber dejado algún rastro que les denuncie. Ustedes debieron explorar este planeta bastante a la ligera, pues de lo contrario hubieran descubierto a los

indígenas.

—¿Pero cómo quería usted que descubriéramos cuatro miserables aldeas trogloditas escondidas en los repliegues de la montaña? —bufó Valera—. A la distancia que estaban nuestros telescopios de este planeta, los hombres aparecerían del tamaño de pulgas. ¡Y vaya usted a buscar pulgas sobre un territorio enorme, cubierto de selvas o accidentado por las montañas, donde un regimiento entero de criaturas humanas podía pasar desapercibido a nuestros ojos! Lo que nosotros buscábamos eran señales del paso del hombre: canales, carreteras, puentes, líneas férreas, aeronaves y aeródromos, edificios o resplandores de una ciudad… ¡y nada de eso pudimos descubrir! Los thorbod, como es lógico, habrán tomado toda clase de precauciones para que sus mundos parecieran deshabitados.

Mientras el profesor Valera se defendía, Miguel Ángel levantaba el mapa examinándolo a contraluz.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Miren esto!

Lo que el joven señalaba era un diminuto punto de luz en la sombra que proyectaba el propio mapa.

—Un agujerito en el papel —dijo alguien.

—Sí. La marca de la punta de un compás —añadió Miguel Ángel mostrando el mapa a sus compañeros—. Y vean dónde cae esa incisión del compás; precisamente sobre el cráter de un volcán. ¿Qué les dice a ustedes esto?

—¡Cáspita! —exclamó el almirante don Rodrigo Aznar—. El cráter de un volcán apagado podría ser muy bien el agujero que utilizaran los platillos volantes para entrar y salir de su base subterránea.

—¡Y la humareda de un volcán podría hacernos creer que se trataba de un cráter en actividad, cuando ese humo podía proceder de una fundición! —gritó a su vez el ingeniero Núñez.

—Cierto —aseveró el profesor Valera—. Vimos las fumarolas de muchos volcanes en actividad mientras explorábamos este planeta. Si no todos, muchos de ellos podrían ser los ventiladores de las ciudades y las fabricas de los thorbod.

—Busque enseguida a Amatifu, la amazona —dijo Miguel Ángel volviéndose hacia el coronel Tortajada.

—¿Qué idea se le ha ocurrido, Miguel Ángel? —preguntó el

almirante don Rodrigo Aznar.

—Debemos abandonar este lugar cuanto antes. Los thorbod conocen el emplazamiento de esta ciudad y pueden llegar hasta aquí buscando su platillos volantes. El problema ahora es ¿dónde ir? Las aldeas trogloditas de la tribu de las amazonas pueden ser un buen lugar para esconderse. Los thorbod están acostumbrados a ver moverse a los salvajes por las montañas y no nos prestarán mucha atención si nos confundimos con ellos. Además, las amazonas conocen el hierro y la forma de fundirlo. Aplicando nuestros conocimientos a los recursos naturales que ya explotan las amazonas deberíamos ser capaces de fabricar armas y otros objetos de gran utilidad.

—¡Armas! —exclamó don Rodrigo—. ¿Para qué las queremos? Los thorbod no nos darán ocasión de utilizarlas contra ellos.

—¿Quién sabe? —respondió Miguel Ángel evasivamente—. Si queremos sobrevivir en este mundo inhóspito deberemos proveernos de medios para nuestra defensa. No sólo tenernos en contra a los hombres grises. Los hombres-planta son tan peligrosos como aquéllos y seguramente los que van a crearnos más problemas.

El coronel Tortajada regresaba en este momento acompañado de Amatifu, la hermosa reina de las amazonas. Miguel Ángel le hizo algunas preguntas. ¿Conocían los nativos la existencia de los hombres-planta? ¿Eran estos muy numerosos?

Amatifu aseguró conocer a los monstruos vegetales. Eran éstos con sus aficiones canibalísticas quienes habían empujado a su pueblo hacia las montañas. Allí, en las aldeas excavadas en los acantilados de los cañones, los nativos gozaban de una seguridad casi absoluta. Tenían un eficaz servicio de escuchas, capaz de avisar con rapidez y desde enormes distancias la proximidad de los monstruos. Eran aquellos mismos ojeadores quienes, haciendo volar sobre centenares de kilómetros el sonoro “tam-tam” de sus tambores, habían anunciado a Amatifu la presencia de un pueblo extraño (el terrícola) que acababa de aparecer junto al Gran Mar Salado.

Las guerreras de Amatifu dominaban los ásperos senderos, los angostos desfiladeros y los altos riscos por donde habían de pasar los invasores. Generalmente, los monstruos eran diezmados y

contenidos antes que pudieran alcanzar alguna aldea, aplastados por una lluvia de pedruscos o barridos por terribles aludes provocados por las bravas defensoras. Algunas veces, sin embargo, las fieras habían llegado hasta las aldeas trogloditas, donde se encontraban con sólidas y altas murallas cerrando la entrada de los estrechos cañones y barreras de fuego que frenaban la furia de su ataque. Aun si las fieras salvaban todos estos obstáculos y entraban en las aldeas, los indígenas podían ponerse a salvo en sus cavernas, excavadas en los altos acantilados, a donde no llegaban las garras de aquellos enormes y fieros enemigos.

Los hombres-planta eran por desgracia bastante numerosos. Siempre estaban acechando a las criaturas humanas de cuya carne gustaban extraordinariamente. Esta era la razón por la cual los exilados de “Valera” no habían encontrado hombres-planta en las primeras semanas de su estancia en aquel mundo que creían deshabitado. Pero al cundir entre los monstruos la noticia de que había carne cerca del mar se habían acercado a la colonia, encontrándose con la expedición que salió hacia la ciudad muerta de Kart.

Contestando a estas preguntas de Miguel Ángel, la amazona dijo que las tribus eran muy numerosas en el interior del país. Pero Amatifu no sabía mucho de ellas, a excepción de las más próximas a su pueblo y en continua guerra con su tribu.

Miguel Ángel le mostró el mapa requisado a los thorbod. Amatifu lo estuvo mirando largo rato y señaló algunos puntos. Allí estaban sus aldeas. Podía fijar su posición gracias a la dirección de las cordilleras y el curso de los ríos. Amatifu, familiarizada con los toscos mapas que ella y sus lugartenientes levantaban antes de emprender sus expediciones guerreras, se admiraba de la exactitud de aquel que le mostraba Miguel Ángel.

—Pues bien, Amatifu —dijo el joven terrícola—. Vamos a partir inmediatamente hacia una de esas aldeas tuyas donde los artesanos forjan espadas y puntas de lanza de metal.

Un hombre se asomó al “bunker” para anunciar:

—El platillo volante que fue a buscar a su familia está aterrizando, señor Superalmirante.

Miguel Ángel Aznar abandonó rápidamente el subterráneo para correr escaleras arriba en busca de la luz del sol.

CAPÍTULO IV

MENSAJE PARA LA TIERRA

Se abrió la escotilla inferior del aparato. Un grupo de hombres y mujeres saltaron a tierra. Miguel Ángel Aznar salió al encuentro de los recién llegados, ansioso de inquirir noticias acerca del paradero de su familia. Apenas había avanzado dos pasos cuando una muchacha esbelta se destacó del grupo y corrió a arrojarse en los brazos del joven gritando su nombre:

—¡Miguel Ángel!

Era la señora Aznar, la madre de Miguel Ángel. Como todos los miembros del supercivilizado pueblo terrícola, la dama, con sus cerca de cincuenta años, no aparentaba más edad que su propia hija, Estrella de Balmer, que también venía en el platillo volante y fue al encuentro de su hermano llevando a una niña de la mano.

Miguel Ángel abrazó a su madre, y luego a su hermana y la su sobrinita Mercedes. La emoción y la alegría le impidieron pronunciar palabra.

—¿Y José Luis? —preguntó.

—Ahí está —señaló Estrella.

José Luis Balmer, el inseparable compañero de aventuras de los últimos cuatro años, saltaba en aquellos instantes del platillo volante y avanzaba hacía el grupo de sus familiares con actitud entre contrita y humillada.

La política había separado dos buenos amigos, miembros de dos familias tradicionalmente rivales. José Luis Balmer había sido uno de los principales cabecillas rebeldes que derrocaron el gobierno de los Aznar y condenaron al exilio a todos los individuos de esta familia. Pero por una ironía del destino, José Luis Balmer tuvo que

aceptar voluntariamente el destierro impuesto a sus rivales y quedarse con éstos en Exilio por no separarse de su mujer y su hija.

Miguel Ángel había intentado varias veces hacer las paces con su amigo y cuñado, siendo rechazado por el adusto ceño y las palabras ásperas de su camarada y sin que sirvieran de nada las embajadas oficiosas de Estrella. Pero Miguel Ángel, que poseía un alma generosa y no se arredraba ante los desplantes porque estaba seguro de no merecerlos, no desdeñaba ocasión para ofrecer a su viejo camarada una oportunidad de reconciliación. Como otras veces, salió al encuentro de José Luis Balmer con la mano tendida y la sonrisa en los labios.

—¡Por todos los diablos! —exclamó campechanamente—. ¡Buen susto me habéis dado! Cuando volé sobre la colonia y la vi destruida temía que todos hubierais muerto en ella. Fue una suerte que decidieras abandonar el pueblo antes que estallara la bomba.

José Luis Balmer miró ceñudo la mano que se le ofrecía. Luego a los ojos risueños de Miguel Ángel.

—¡Bueno! —farfulló huraño—. Eres tan pesado que no hay quien se te resista.

Y estrechó con fuerza la mano de Miguel Ángel bajo la sonrisa satisfecha de Estrella y doña Mercedes.

Miguel Ángel, que era experto diplomático cuando la ocasión lo requería, consideró oportuno no mencionar el pasado y dejar que el tiempo hiciera desaparecer las cicatrices de sus diferencias con José Luis. Éste, que se sentía avergonzado, temía como todo culpable los reproches de su amigo y le agradeció el silencio.

Había mucho trabajo que hacer. Los hombres grises, que sin duda disponían de poderosas estaciones de radar en las cimas de las más altas montañas, no tardarían en hacerlas funcionar buscando a sus dos desaparecidos platillos volantes. La aeronave que acababa de traer la familia Aznar debía pasar a manos del equipo técnico para sufrir algunas ligeras modificaciones, partiendo luego junto con el otro aparato para llevar a las restantes colonias de exiliados aviso de la presencia de la Bestia Gris en aquellos mundos.

La tripulación, escogida por el almirante Aznar entre lo más selecto de un grupo de hombres donde la inmensa mayoría eran ex-oficiales de la Armada Sideral Terrícola, se reducía a cuatro jóvenes de probada capacidad.

Miguel Ángel Aznar habló con los oficiales dándoles las últimas instrucciones:

—La importancia de la misión que se les ha confiado —dijo— es demasiado evidente para que insista en recordárselo. Deben volar ustedes directamente a Nahum, a la máxima velocidad, y aterrizarán preferentemente en Bagoah. Allí dejamos muy buenos amigos al marchar. Cuando ustedes lleguen habrá transcurrido por lo menos un siglo desde que el autoplaneta zarpó de Nahum rumbo a la Tierra. Es probable que vivan todavía algunos de nuestros buenos amigos. Seguro que les prestarán ayuda y les facilitarán un navío sideral de gran tonelaje para que puedan llegar hasta la Tierra. El mensaje que han de llevar allí es este: "La Abominable Bestia Gris sobrevivió. Regresó a sus planetas de origen y allí ha vivido hasta ahora restaurando y acrecentando su poder bélico. En cuanto haya conquistado los planetas nahumitas se volverá contra nuestros planetas". Esto es todo.

—Temo que no volvamos a vernos jamás, señor —dijo el oficial de mayor graduación con humedad de lágrimas en los ojos—. Aun cuando volviéramos aquí a nuestro paso hacia la Tierra habrían transcurrido cerca de doscientos años y…

—No vuelvan aquí —cortó Miguel Ángel con energía—. Su misión es llegar a la Tierra. Si nuestros amigos quieren prestarnos ayuda y están en condiciones de hacerlo, ya enviarán por nosotros alguna aeronave, vayan ya. Adiós y buen viaje.

Muy emocionados, los cuatro oficiales estrecharon sucesivamente la mano de Miguel Ángel Aznar y echaron a andar hacia los platillos volantes. Al llegar junto a la escalerilla de acceso se volvieron para saludar con desmayados movimientos de mano al apretado grupo de más de cien personas que les miraba con envidia.

Las dos aeronaves se elevaron sobre los grandes árboles y, acelerando constantemente, subieron en el cielo azul empequeñeciéndose, hasta que al cabo de breves minutos se habían perdido de vista.

Con la cabeza echada hacia atrás y la mirada perdida en el azul metálico del cielo, Miguel Ángel Aznar seguía con la imaginación el largo viaje que todavía tendrían que realizar aquellos hombres. Cuando llegaran a Nahum, él y los que con él estaban ahora ya habrían muerto. Sólo sus descarnadas calaveras quedarían cuando

aquellos cuatro astronautas volvieran a pasar cerca de Exilo, rumbo ya hacia la Tierra. Y para cuando aterrizaran en la Tierra el soplo de los siglos habría aventado ya hasta las cenizas de él y sus compañeros. Habrían transcurrido más de dos mil años. Pero aquellos cuatro astronautas, portadores del mensaje de Miguel Ángel, vivirían todavía porque a las velocidades astronómicas con que viajaban por el espacio, el tiempo transcurría muy lentamente mientras las generaciones de los mundos nacían, vivían y morían varias veces. ¡El mensaje de Miguel Ángel Aznar llegaría a su destino y se pronunciaría por boca de los mismos que lo recibieron cuando ya ni polvo quedara de su cuerpo!

Miguel Ángel Aznar se estremeció sintiendo ya en los huesos el frío de la tumba. Abrió y cerró varias veces los ojos para ahuyentar de su mente tan tristes pensamientos.

—¡Ea! —gritó dirigiéndose al inmóvil y silencioso grupo de hombres y mujeres abrumados por la idea de su desgracia—. ¡Muévanse de ahí! No podemos desperdiciar ni uno de nuestros preciosos minutos.

Miguel Ángel Aznar quería alejarse pronto de aquel lugar por considerarlo conocido de los thorbod y, en consecuencia, demasiado peligroso. Pero la partida se demoró aún más de dos horas, hasta conseguir reunir a la gente que todavía andaba por los subterráneos de la ciudad.

La selva había invadido las ruinas en el exterior, pero Miguel Ángel encontró un lugar sembrado de grandes bloques de hormigón donde reunió a los supervivientes.

Encaramado sobre un alto bloque de hormigón y utilizando un megáfono, Miguel Ángel dirigió la palabra a sus desmoralizadas huestes.

—Amigos, nuestra situación es grave, pero no debemos desesperar, hemos despachado a dos platillos volantes para que adviertan a nuestros amigos de los otros planetas de la presencia de los thorbod en estos mundos. A continuación los platillos volantes seguirán viaje hasta Nahum en demanda de ayuda. Esperamos que nuestros amigos de Nahum envíen en nuestro rescate una flota sideral, pero el día que esa flota llegue aquí está lejos. Mientras nuestros mensajeros llegan a Nahum y alguien acude en nuestro socorro, habrán transcurrido aquí más de cien años. Un siglo es el

tiempo mínimo que tendremos que esperar hasta ser rescatados, lo cual quiere decir que muy pocos de nosotros verán ese día…

—¡Ninguno lo verá! —gritó una voz histérica entre la muchedumbre—. ¿Para qué forjarnos vanas ilusiones?

Un murmullo de descontento impidió a Miguel Ángel continuar hablando durante unos minutos. Finalmente tuvo que intervenir para zanjar una discusión que por diferencia de opiniones se había entablado entre dos grupos.

—¡Amigos, escuchadme! —bramó por el megáfono—. No pretendo alentar en vosotros esperanzas que no se puedan realizar. Nuestra situación es difícil y voy a tratar de minimizarla. Los Balmer nos abandonaron en este planeta con alimentos escasos, unos pocos animales domésticos y algunas herramientas agrícolas. No consintieron que trajéramos con nosotros armas, máquinas, ni una herramienta de precisión. Sin embargo, pese a todo, nuestra situación es mucho más ventajosa que la de los primeros colonizadores que desembarcaron en el continente americano. Porque pese a su ensañamiento, que alcanzó al absurdo de no permitirnos traer libros de texto, los Balmer no pudieran impedir que trajéramos con nosotros nuestros conocimientos técnicos y científicos. Es decir, no tenemos nada, estamos con las manos desnudas, pero nadie puede impedirnos que lleguemos a tener todo, puesto que conocemos los medios para hacerlo. Los nativos de este planeta conocen el hierro en sus formas más rudimentarias. Nosotros aplicaremos nuestra técnica y nuestra habilidad manual impulsando la artesanía primitiva de los salvajes hasta convertirla en una próspera y avanzada industria. Pronto tendremos armas para defendernos, motores y máquinas que hagan más soportable nuestra existencia en este mundo inhóspito. Nuestro peor enemigo en este momento quizás no sean los thorbod, que nos ignoran. Nuestro peor enemigo es nuestra desesperación. Hemos sufrido un duro golpe, pero yo os digo que lo sobrellevaremos y obtendremos fuerzas de nuestra ansia de vivir para que si no nosotros, al menos nuestros hijos asistan al grandioso día de ver llegar dentro de un siglo esas aeronaves salvadoras que nuestros amigos fueron a buscar.

Miguel Ángel Aznar se interrumpió, esperando por si alguien tenía algo que decir. En vista del silencio de sus desmoralizados amigos continuó:

—Vamos a partir hacia las montañas para reunimos con el pueblo de las amazonas. Allí estaremos a salvo hasta en tanto los “thorbod” nos ignoren. Tendremos que cruzar trescientos kilómetros de selva virgen, vadeando torrentes y ríos, y recorrer otra distancia casi igual a través de un terreno muy accidentado para llegar a nuestro destino. Estos trescientos kilómetros por la selva serán los peores, debido a la presencia de los Hombres Planta que acudirán como moscas a un pastel. No se aparten de la columna bajo ningún pretexto y desconfíen de cualquier arbusto sarmentoso, pues los Hombres Planta se confunden fácilmente con la vegetación. Y si nos encontramos con ellos, que nos encontraremos, utilicen los sables y sus hachas tratando de cercenar las antenas de los monstruos y herirles en el ojo. Todo saldrá bien si siguen las instrucciones que se den durante la marcha y mantienen la disciplina.

Miguel Ángel hizo un gesto y abandonó el alto bloque de hormigón para reunirse con su Estado Mayor.

Pese a las palabras de aliento del joven Aznar la gente no dio muestras de reaccionar ante el infortunio. Dominaba el pesimismo y la indiferencia, y Miguel Ángel sabía que estos serían los peores enemigos a los que tendrían que enfrentarse durante la marcha, peores que los Hombres Planta y las penalidades que pudieran surgir en el camino.

Sin embargo no todas las condiciones estaban en contra. Los supervivientes de la colonia, hombres y mujeres casi en igual número de unos que de otros, eran gente joven y robusta. Esto ya era una ventaja, pues las dificultades que habrían de salvar no tardarían en poner a prueba su salud y su vigor físico.

Eran en total unas cuatro mil seiscientas o cuatro mil setecientas personas. Esta pequeña fuerza había traído consigo una buena cantidad de provisiones y unos cincuenta caballos, de los que se habían perdido una docena durante la marcha a través de la selva hasta la ciudad de Kart.

Amatifu, la reina de las amazonas, no había visto nunca un caballo y corrió a esconderse detrás de Miguel Ángel al acercársele uno de estos animales. En realidad los nativos de Exilo jamás habían visto otros seres vivos que ellos mismos. El envenenamiento radioactivo que acabó con toda la vida animal de aquel planeta había exterminado hasta los peces de los mares y el más pequeño

insecto. Al cabo de largos siglos la vida vegetal se reactivó adquiriendo extrañas formas como los hombres-planta, pero el Reino Animal jamás se recuperó de la destrucción.

Los selváticos habitantes de Exilo descendían de antiguos esclavos terrícolas traídos por la Bestia Gris a este planeta, muy probablemente con la intención de reproducirlos y utilizarlos masivamente como mano de obra.

Pero los propios nativos ignoraban su origen, el cual habían deducido los exiliados de Valera por su idioma; la lengua gutural "thorbod" con abundante mezcla de vocablos castellanos.

Mientras se cargaban las provisiones en los caballos y se hacía abundante acopio de agua, Miguel Ángel Aznar examinaba el mapa thorbod que el coronel Tortajada había requisado de uno de los platillos volantes capturados. Con ayuda de Amatifu trazó a lápiz la ruta que debería seguir la expedición. Poco después se ponía en marcha la columna.

La expedición disponía de seis fusiles ametralladores capturados a los thorbod y abundante munición, pero estas armas no iban a bastar para proteger a una columna tan numerosa. Los terrícolas disponían también de gran número de machetes, hachas y sables curvos capturados a los Hombres Planta.

Los extraños Hombres Planta, como las hormigas poseían el don de poderse transmitir sus mensajes con el contacto de sus antenas. Miguel Ángel temía que poseyeran también otras dotes extrañas a un vegetal, tal como el sentido de la orientación y cierto instinto de la estrategia. Si ocurría como Miguel Ángel temió, la noticia de su presencia en la ciudad muerta de Kart debía estar difundiéndose en una gran extensión de la selva. Por esta razón Miguel Ángel Aznar deseaba alejarse rápidamente de las ruinas de la ciudad.

Los Hombres Planta habían puesto cerco a la ciudad muerta. Para abrirse paso a través de aquel cinturón vegetal, los fusiles ametralladores dispararon una lluvia de proyectiles atómicos. Éstos no sólo echaron abajo todos los árboles en una profundidad de casi un kilómetro, sino que provocaron un incendio que el viento incrementó y empujó en dirección al Oeste.

—Estupendo —dijo el coronel Tortajada presenciando el fuego —. Al menos por ese lado no tenemos que temer un ataque.

—Vamos ya. Adelante —dijo Miguel Ángel.

La columna se puso en marcha. Iban en cabeza Miguel Ángel Aznar y el coronel Tortajada armados de fusiles ametralladores. Les seguía Amatifu y un grupo de cien hombres jóvenes y decididos armados de machetes y sables curvos. Detrás iban las acémilas en reata, escoltadas por hombres igualmente armados de machetes y hachas. Éstos deberían turnarse con los de la vanguardia en la laboriosa tarea de abrir paso a la columna a través de la maraña de la vegetación.

Dos jinetes uno a cada flanco, armados igualmente de ametralladoras, recorrían constantemente el sendero arriba y abajo de la columna en marcha para acudir rápidamente allí donde se produjera una alarma.

Dos fusileros a pie cerraban la marcha sobre las huellas de la expedición. El paso de la columna a través de la selva iba dejando una trocha que los Hombres Planta utilizarían para seguir a los fugitivos, acosando continuamente su retaguardia.

Miguel Ángel había marcado en el mapa el lugar para su primer vivac, junto a un río de gran caudal, pero debido a las dificultades del terreno se vio obligado a renunciar a su propósito, estableciendo el campamento en una pequeña colina rocosa cubierta de hierba. Un círculo de grandes fogatas, alimentadas durante toda la noche, mantuvieron a distancia a los temibles Hombres Planta.

Fue un alivio comprobar que los monstruos poseían un instinto que les hacía temer el fuego como un elemento mortal.

En efecto, los Hombres-Planta eran combustibles, y en esto no se diferenciaban con cualquier otro vegetal de la selva. Las fogatas mantuvieron alejados a los monstruos, pero fueron motivo de constante preocupación para Miguel Ángel Aznar y su Estado Mayor.

—Quiera Dios que no acierte a pasar por aquí un platillo volante thorbod. Estas hogueras en círculo tendrían que llamar forzosamente su atención.

Miguel Ángel se encontraba entonces junto a su familia, cenando en el centro del campamento. A su lado estaba José Luis Balmer, quien replicó:

—¿Qué probabilidades existen entre un millón de que acierte a volar sobre nosotros un aparato thorbod? Yo creo que exageras, amigo. Para los thorbod dejamos de existir después que borraron

nuestro campamento de la faz de este planeta con su bomba nuclear. Además, pienso que sólo deben haber dejado en este planeta una pequeña guarnición. Tal vez todos los aparatos que tengan fueran esos platillos volantes que les capturasteis.

—No lo creo. Pero ojalá tengas razón en esto de que no existimos para ellos y hasta ignoran nuestra presencia —dijo Miguel Ángel.

Transcurrió la cálida noche tropical y a la salida del sol, después de un frugal desayuno, la columna reanudó la marcha. A media mañana alcanzaron el río, que resultó ser más caudaloso de lo esperado.

Mientras se talaban árboles para construir unas almadías atacaron los Hombres Planta. Un rosario de fuertes explosiones anunció el comienzo del asalto, uno de los más duros, si no el que más de los muchos que tendrían que rechazar los terrícolas a lo largo del camino hacia las montañas.

La horda verde atacó masivamente, en número de doscientos individuos, de los que unos cincuenta esgrimían aquellos temibles y largos sables curvos.

El ataque no pilló de sorpresa a los terrícolas, que lo esperaban desde que aquella mañana reanudaron la marcha. En efecto, los Hombres Verdes habían estado acudiendo durante las horas de oscuridad y concentrándose en torno al campamento de los hombres. Miguel Ángel acudió al lugar del combate, aunque estaba desarmado por haber prestado su ametralladora a Núñez.

Los Hombres Planta atacaron con tal violencia que obligaron al primer cinturón defensivo a retroceder en dirección al río. Con la insalvable barrera fluvial a sus espaldas los terrícolas tuvieron que batirse bravamente hasta derrotar al enemigo. Medio centenar de monstruos escaparon hacia la selva, pero otros tantos hombres habían resultado muertos o heridos por los sables y el mortal abrazo de aquellos seres espeluznantes.

Miguel Ángel Aznar fue en busca del profesor Castillo para que le acompañara.

—Quiero examinar los restos de esos monstruos, comprobar si están bajo control de los thorbod.

El biólogo llamó a un grupo de muchachos y provistos de hachas se dirigieron al campo de batalla.

Los Hombres Verdes aparecían desparramados por entre los árboles. Aunque los proyectiles explosivos habían dado buena cuenta de ellos, una inmensa mayoría se movía todavía. Aquellas criaturas poseían una vitalidad extraordinaria. Amatifu aseguraba que un Hombre Verde, aun privado de sus miembros, recuperaba con el tiempo su movilidad al crecerle otros miembros en sustitución de los amputados.

Había razones para creer que esto fuera posible, puesto que al fin y al cabo se trataba de plantas. Sin embargo era dudoso que los monstruos que cayeron en aquel combate volvieran a moverse alguna vez. Los terrícolas los hicieron pedazos con sus hachas.

No se encontró ningún receptor-emisor de radio alojado en el cuerpo de los monstruos.

—Debe tratarse de partidas no controladas, individuos que crecieron en la selva y jamás han visto un ser humano, ni siquiera en forma de thorbod —dijo el profesor Castillo.

—Es un alivio —dijo Miguel Ángel, que estaba examinando uno de aquellos enormes y pesados sables que solían esgrimir los monstruos. Se trataba de un arma toscamente elaborada, oxidada, mellada y sin apenas filo—. ¿De dónde obtendrán estos sables? ¿Los harán ellos mismos?

—Sinceramente, no les otorgo a estas criaturas tanta inteligencia. Observe que sólo unos pocos de la horda que atacó iban armados. Estos sables deben ser un objeto bastante raro y sumamente apreciado por los Hombres Planta. Saben cómo usarlos, pero aseguro que ellos no los forjaron. Probablemente procedan de los que los thorbod equipan a sus legiones, o tal vez se los ganaron a los indígenas. ¿Está ahora más tranquilo?

—Sí. Sería terrible que estos monstruos estuvieran transmitiendo por radio sus vivencias a los Hombres Grises. Si fuera así podríamos darnos por perdidos.

El cruce del río ocupó a los terrícolas la mayor parte del largo día tropical. Miguel Ángel Aznar decidió acampar en la otra orilla, lo que permitió a los doctores ocuparse de los heridos.

Los heridos que no podían valerse por sus propios medios eran casi una veintena y habrían de constituir una rémora para el resto de la columna. Pero Miguel Ángel decidió que no se abandonaría a nadie, ni siquiera a los heridos graves, aun en el caso de que se

tuviera la certeza de que iban a morir.

En efecto, tres heridos fallecieron aquella noche, y dos más durante la penosa marcha del día siguiente. El resto era llevado en camillas improvisadas.

Los Hombres Verdes se lanzaron al agua desde la orilla que los terrícolas acababan de abandonar, se dejaron llevar por la corriente y bracearon hasta conseguir alcanzar la otra orilla, aunque bastante lejos de donde habían acampado los hombres.

Los monstruos esperaron hasta que la retaguardia de la columna se hubo perdido entre la espesura de la selva. Entonces desenterraron los cadáveres y se dieron un festín. Luego siguieron sin prisa a los fugitivos por la trocha que estos practicaban al avanzar por la selva.

El combate del río había mermado considerablemente la reserva de municiones de las armas capturadas a los thorbod. Miguel Ángel Aznar advirtió a sus fusileros para que fuesen comedidos en el uso de las armas y procuraran disparar solamente sobre blancos seguros, únicamente cuando los Hombres Verdes acosaran de cerca a la columna.

La marcha a través de la selva era muy penosa y agotadora. En ningún caso lograron los fugitivos cubrir más de quince kilómetros en una jornada. Las escaramuzas con los Hombres Verdes, aunque frecuentes, ya no tenían el carácter de asalto organizado de los primeros choques. Hombres y mujeres aprendieron a luchar contra los monstruos según la técnica de las amazonas. Los sables capturados a los Hombres Verdes habían sido afilados y cercenaban limpiamente los miembros de aquellas extrañas criaturas. Para "rematar" al enemigo se utilizaba preferentemente el hacha manejada con energía.

Cruzando ríos, vadeando arroyos, salvando pantanos, la columna progresaba lenta pero constantemente en dirección a las montañas. Después de los Hombres Planta, el calor era el peor enemigo de los terrícolas.

Esta era la época seca y la selva estaba limpia de insectos, que no existían en aquel planeta. Pero los alimentos se habían agotado prácticamente después de los primeros veinte días de marcha y los fugitivos tuvieron que recurrir a ciertos frutos tropicales que fueron causa de graves trastornos digestivos entre una gran parte de la

expedición.

Después de tres semanas de marcha, la columna alcanzó el borde de la selva y se internó en un laberinto de cerros y colinas bajas que eran los contrafuertes de la cercana cordillera. El clima, con la altura se hizo más soportable. En cambio la alimentación era más pobre y consistía casi exclusivamente en bayas silvestres, tubérculos y raíces comestibles, de los que Amatifu conocía una gran variedad.

Los caballos fueron sacrificados uno tras otro.

Mermados por una deficiente alimentación, el cansancio y las enfermedades, la columna se arrastraba penosamente por las fragosidades de un terreno cada vez más difícil y accidentado. Los Hombres Planta volvieron al ataque en un terreno despejado y cobraron un buen número de víctimas. Se acabaron las municiones.

Cuando finalmente la columna alcanzó la primera aldea de las amazonas, llevando a cuestas a los enfermos y heridos por diversas causas, faltaban más de doscientos expedicionarios, cuyas blancas osamentas jalonaban medio millar de kilómetros de ruta a través de la jungla y las montañas.

Durante dos semanas, los desesperados y agotados supervivientes descansaron de las fatigas y los horrores de aquella marcha alucinante, bien nutridos y cuidados por los esclavos de la tribu. Al cabo de este tiempo la mayoría de los enfermos y heridos habían recobrado la salud.

—Es tiempo de que continuemos la marcha —dijo la bella Amatifu.

La columna se puso de nuevo en marcha, avanzando por un laberinto de abrigados y fértiles “cañones”, con etapas frecuentes en las aldeas trogloditas de las Amazonas. Dos semanas más tarde llegaban a Auyé, aldea industriosa en el corazón de la montaña, donde las Amazonas extraían el mineral de hierro, lo mezclaban con carbón de hulla y lo fundían en sus primitivos hornos de arcilla.

La llegada de cuatro mil quinientos terrícolas constituyó un acontecimiento que trastornó profundamente la vida sedentaria de la comunidad de las Amazonas.

Quizá lo más malo que los súbditos de Amatifu veían en los extranjeros era su condición de hombres. ¿Dónde se había visto que los machos dieran órdenes a las mujeres? Porque ocurrió que los extranjeros pretendían llevar a todo el mundo a trabajar en las

minas. Esta pretensión era muy regocijante para los hombres de la tribu, que entre un pueblo de rudas y vigorosas amazonas alcanzaban apenas la condición de simples esclavos. Pero las bravas hijas de Marte, el dios de la guerra, se echaron atrás encabritándose como potros de torneo a quienes intenta uncirse a las varas de una carreta. El trabajo de las minas, el cultivo de los campos, la molienda del grano, la confección de tejidos y otras tareas domésticas eran, según su criterio, sólo propias para hombres. Ellas vivían consagradas a la guerra y dar al mundo hijas sanas y robustas que educaban en la gloriosa tradición de las armas.

—Mis mujeres considerarían como la más humillante de las imposiciones tener que trabajar como hombres —aseguró Amatifu a Miguel Ángel Aznar.

—No pretendo imponerles ninguna tarea que les repugne y mucho me cuidaré de alterar vuestras costumbres —repuso Miguel Ángel haciendo una mueca de desagrado—. Sin embargo, necesitamos brazos para las minas, el trasporte de mineral y la fundición.

—Tú no preocupar —aconsejó Amatifu con la más seductora de las sonrisas—. Amatifu trae a Miguel Ángel esclavos de otras aldeas u organiza expedición guerra para quitárselos a tribus vecinas.

—¡No, por Dios! —protestó Miguel Ángel—. Nada de guerras ni requisar esclavos por nuestra causa. Nos bastará con los hombres que ordenes traer de otros puntos de tu territorio. Y también sería conveniente que ordenaras traer comida. La población aumenta y es intolerable que los hombres que trabajan en las minas estén tan mal nutridos. Ellos deben de comer mejor y más que todos los demás y gozar de descanso cuando lo necesiten.

—¿Más comida para los criados? ¿Más descanso? —interrogó la amazona estupefacta—. ¿Para qué? No son más que esclavos. Miserables y despreciables hombres.

—¿Me tienes a mí por miserable por mi condición de hombre? —interrogó Miguel Ángel.

—¡Oh! Tú eres distinto —aseguró la amazona.

—¿Por qué?

—Tú eres mago. Todo lo puedes.

—En efecto. Puedo hacer un mago de cada uno de esos hombres que tú consideras como una lacra de vuestra sociedad. ¿Los

conceptuarías entonces de manera distinta?

Amatifu miró al terrícola con el ceño fruncido.

—Tú no comprender, Miguel Ángel —dijo—. En mi pueblo es costumbre tratar así a los hombres. Aunque supieran tantas cosas maravillosas como vosotros continuarían siendo esclavos. ¿Quién forjaría las espadas que llevamos a la lucha? ¿Quién cuidaría de nuestras casas y nuestras hijas?

—Mi querida Amatifu —refunfuñó Miguel Ángel armándose de paciencia—, en mi pueblo todas las criaturas son consideradas como seres de Dios y gozan de los mismos derechos y obligaciones. Generalmente conceptuamos a la mujer como un ser físicamente más débil y por eso los hombres hacemos los trabajos más pesados. No por imposición, compréndelo, sino por amor y deferencia a la mujer, que nos da hijos y cuida de la casa y de la familia haciendo dulce y agradable la existencia del marido.

—¡Pobres mujeres! —se lamentó Amatifu.

Miguel Ángel decidió dar por terminada la apenas iniciada ilustración de Amatifu en los usos y costumbres de la sociedad terrícola. Intentar alterar la vida de los indígenas era perder el tiempo. Y ni Miguel Ángel ni ninguno de sus hombres o mujeres podían desperdiciar su tiempo.

En la aldea, los terrícolas vivían en una constante tensión y alarma. Temían ver aparecer de un momento a otro a los platillos volantes thorbod, que podían liquidar sus ilusiones y sus vidas con unas cuantas bombas atómicas. Pero los días transcurrieron y los hombres grises no dieron señales de vida. Debían haber encontrado a los thorbod muertos en la aldea troglodita y en la aniquilada colonia de los terrícolas. Sin duda dieron por perdidos a los platillos volantes y por fugados a otros planetas a los supervivientes terrícolas.

CAPÍTULO V

EN MARCHA

LA colonia terrícola alcanzó la cifra tope en la extracción de bulla y mineral de hierro al aproximarse el monzón, período de cuatro largos meses durante los cuales quedaría casi paralizado el trabajo en las minas a causa de las pertinaces lluvias.

Dos semanas antes de la llegada del monzón, Amatifu se despidió de sus amigos los extranjeros para emprender un largo viaje de inspección por las aldeas sujetas a su autoridad. Miguel Ángel Aznar acompañó a la muchacha y al armado séquito de ésta durante un largo trecho y regresó luego a Auyé sintiéndose extrañamente triste y nostálgico.

Habíase acostumbrado insensiblemente a la compañía de la hermosa amazona. Ella estaba esperándole cada mañana cuando abandonaba la cueva donde dormía, y no volvía a separarse de él durante el resto de la jornada.

Juntos giraban sus visitas a las diversas minas y yacimientos, inspeccionaban los sembrados y los cultivos de los nativos y regresaban a la aldea para presenciar el trabajo en la fundición, entrar en las grandes cuevas donde se embobinaban los primeros motores eléctricos y charlar con los ingenieros y los obreros.

Después de la marcha de Amatifu, Miguel Ángel luchó algunos días contra la molesta sensación de vacío hasta que las múltiples preocupaciones y tareas que pesaban sobre él volvieron a distraerle por completo.

El monzón llegó con su avanzadilla de sombrías nubes, de truenos y relámpagos, y el cielo se abrió dejando caer verdaderas cataratas de agua. Refrescó la temperatura en la alta montaña. Cada

grieta de los ruinosos acantilados era un arroyo que precipitaba al vacío el cristalino arco de una cascada. El agua bajaba rumorosa por los barrancos y bullía tumultuosamente a lo largo de los estrechos “cañones”.

Quedó interrumpido el trabajo en las minas, pero la fundición siguió activamente gracias a las grandes cantidades de mineral acumulado durante el buen tiempo. La actividad se centró toda alrededor de los toscos hornos de fundición y en el interior de las cuevas habilitadas como talleres.

Las continuas correrías de los geólogos por las montañas habían dado como resultado la prospección de varios nuevos yacimientos de cobre, wolframio y plomo. Los ingenieros estaban dirigiendo la construcción de una presa “cañón” arriba, siendo su propósito montar una planta eléctrica movida por la energía hidráulica.

La lluvia hizo crecer el caudal del arroyo, que quedó represado formando un largo y angosto lago. Por un extremo de este lago, una tubería recubierta de arcilla conducía el agua hasta las palas de la rueda hidráulica que hizo girar la dinamo conectada a su eje.

Por primera vez la energía eléctrica corrió a lo largo de los hilos de cobre y puso en marcha los motores en los talleres. Los nativos acudían para asomarse a las cuevas y ver maravillados el rápido giro de los motores y el movimiento de las máquinas. Los terrícolas fueron consagrados como magos de primera categoría y el relato de sus hazañas corrió de aldea en aldea por todo el reino de Amatifu.

Al finalizar el monzón, los terrícolas habían superado el período más difícil de su plan de trabajo. Tenían lo más precioso y costoso: las máquinas. Grandes y relucientes tornos, cepilladoras, taladradoras, prensas, laminadoras y hasta un pequeño y ruidoso martillo-pilón, sin contar los modernos convertidores de acero, un completo arsenal de herramientas y múltiples máquinas auxiliares.

—Estamos listos para empezar a fabricar armas en cuanto escampe el tiempo —anunció el profesor Núñez—. ¡Lástima que la presencia de la Bestia Gris en este planeta nos obligue a producir solamente artificios de guerra!

Al levantarse las nubes y brillar el sol, grandes nubes de vapor se elevaron de la húmeda tierra para formar una neblina sofocante y pegajosa. Los indígenas volvieron a las minas y los terrícolas saltaron ante los hornos de fundición y las máquinas ansiosas de

trabajo. Todas las instalaciones metálicas estaban bajo techado, en profundas y grandes cavernas para que el radar de algún posible platillo volante que volara sobre el cañón no las detectara. El humo de los hornos no les preocupaba, porque los nativos fundían ya metales con anterioridad a su llegada y los thorbod estaban acostumbrados a ver humaredas en diversos puntos de la montaña.

—Yo me pregunto —decía un día José Luis Balmer a su cuñado— por qué los thorbod, que aborrecen al género humano, permiten que estas gentes vivan en paz durante tantos siglos.

—Esta gente fue traída por el hombre gris desde nuestros planetas —contestó el profesor Castillo, que se hallaba presente en la entrevista—. Deduzco que la Bestia, siempre falta de brazos para aquellas tareas que no pueden desempeñar las máquinas, pensó de primera intención en repoblar estos mundos con seres humanos para que los descendientes de sus prisioneros fueran sus esclavos. Debieron descubrir entonces la forma de controlar las actividades de los hombres-planta y encontrar en estos últimos cualidades de obediencia, fuerza o economía de manutención, que les hicieron preferibles a la mano de obra humana.

—Más motivo para desembarazarse de estos representantes del género humano —apuntó José Luis—. ¿Para qué los quieren, si su presencia les es odiosa?

—Usted no conoce bien a la Bestia Gris, señor Balmer —insinuó sonriendo el profesor—. El thorbod detesta a la humanidad y aspira a esclavizarla, pero no a aniquilarla hasta el punto que no quede un solo ejemplar de hombre. Los thorbod, que no conocen el amor, la amistad, el honor, la piedad ni ninguno de los sentimientos que caracterizan al hombre, haciéndolo distinto de los demás animales, son en cambio extraordinariamente orgullosos. El afán de dominio cobra en ellos las características de un irreprimible instinto. Se consideran a sí mismos como las criaturas más inteligentes y perfectas de la Creación. La criatura humana les ha disputado el dominio del Universo, arrollándoles en varias ocasiones y demostrándoles que no son los mejores ni los más inteligentes del orbe. Esto lo reconocen tal vez subconscientemente los hombres grises y les enfurece y estimula su afán de superación. Aspiran a ejercer su hegemonía absoluta sobre todos los mundos del Universo. Pero si lo consiguen y aniquilan hasta el último hombre. ¿Quién

admirará y envidiará su gloria? Yo creo que el género humano nunca será aniquilado por la Bestia Gris, a menos que ésta encuentre y humille a otra raza de criaturas inteligentes en el futuro. No es por compasión ni indiferencia por lo que los thorbod permiten a los seres de este mundo arrastrar una vida llena de dificultades y privaciones. Ellos deben gozar viendo los desesperados esfuerzos de estos hombres y mujeres por abrirse paso en las tinieblas de su ignorancia. Les permitirán tal vez alcanzar un grado respetable de cultura. Y cuando el hombre levante su testa orgullosa sobre siglos de duro aprendizaje… la Bestia Gris volverá a aplastarlo con su pie burlándose del estéril esfuerzo de sus enemigos seculares.

Un día de aquellos, el tam-tam de los tambores anunció con su lenguaje telegráfico la inminente llegada de la reina Amatifu. Miguel Ángel salió al encuentro de la joven caudillo de las amazonas acompañado de un grupo de ingenieros, hombres de ciencia y jefes y almirantes del Ejército y la Armada Sideral Terrícola.

Amatifu venía al frente de su tropa, seguida por una interminable fila de hombres cargados con sacos de trigo y otras vituallas. A Miguel Ángel le pareció más hermosa que nunca con su belicoso atuendo de guerra, desnudas las robustas y bien torneadas piernas, calzando rústicas abarcas y con las pantorrillas envueltas en trapos. El cuerpo joven y ágil se movía con soltura bajo el peso del escudo, la espada, la lanza y el recio casco de bronce.

La amazona se detuvo sonriendo ante Miguel Ángel y apoyó una de sus ásperas manos en el pecho de él.

—Amatifu se alegra de ver a Miguel Ángel —aseguró—. Las jornadas le parecieron largas a Amatifu para reunirse con sus buenos amigos.

—También aquí te echamos de menos, Amatifu —repuso Miguel Ángel tomando la mano de la joven y estrechándola con fuerza—. Celebramos mucho volverte a tener entre nosotros. ¿Fue bien tu viaje?

—Sí, bien. Amatifu tuvo que batirse con dos de sus jefes más prestigiosos, que salieron al campo del honor a disputarle su caudillaje. Pero Amatifu venció a sus rivales y continúa siendo jefe de las amazonas. Mira. He traído conmigo comida para vosotros.

Miguel Ángel no hizo preguntas acerca de la forma en que se desarrolló aquel combate, ni el estado en que quedaron las mujeres rivales de Amatifu después del torneo. Sabía que la reina de las amazonas, como un campeón mundial de boxeo, tenía que librar frecuentes y sangrientos combates con sus competidoras para seguir manteniendo su título. Esta costumbre salvaje le repugnaba, aunque no más que otras costumbres practicadas por la Humanidad en los tiempos pretéritos de su infancia.

Amatifu se mostraba impaciente por admirar los adelantos de los terrícolas conseguidos en su ausencia. Miguel Ángel le acompañó en una visita a los talleres y le mostró con legítimo orgullo las poderosas y rapidísimas máquinas que torneaban los cañones, perforaban el ánima, acababan el estriado y estampaban diversas piezas metálicas, todas para pistolas ametralladoras.

En otro taller, las máquinas fabricaban cartuchos de reluciente latón y balas “dum-dum”. Las armas automáticas se construían según modelo y calibre de las tomadas a los hombres grises. La munición era corriente, pero Miguel Ángel abrigaba la esperanza de poder quitar a los thorbod munición explosiva atómica que podría utilizarse también en estos fusiles, ya fabricados con este propósito. Por lo tanto, las balas “dum-dum” causarían en los thorbod y en los hombres planta más daño que las blindadas. Las balas “dum-dum” tenían la cabeza hendida y eran bastante blandas. Al chocar contra un cuerpo se aplastaban y abrían causando una herida mayor en la víctima.

Contempló Amatifu absorta aquellas máquinas laboriosas que se le antojaban monstruos de acero dotados de vida y espíritu propios. Miguel Ángel le había explicado muchas veces que eran movidas por electricidad. Pero la amazona continuaba sin explicarse el movimiento de las máquinas y los motores. Si la electricidad las animaba, ¿quién hacía la electricidad?

Miguel Ángel entregó a Amatifu una espada que sus hombres habían forjado para la reina. Amatifu la probó maravillándose del peso liviano, la flexibilidad y la agudeza del filo. Era el mejor acero por ella visto jamás y también el de superior calidad que los industriosos terrícolas eran capaces de elaborar con su escasez de medios.

—Después que nosotros nos hayamos marchado —dijo Miguel

Ángel a la amazona— tus esclavos quedarán en posesión de muchos conocimientos útiles. Les hemos enseñado la proporción en que se mezclan los minerales para obtener el mejor acero, así como la forma de darle el temple.

—¡Marcharos! —exclamó Amatifu—. ¿A dónde?

—Creo haberte dicho alguna vez que somos hijos de un mundo muy lejano. Hemos venido a caer aquí por accidente y deseamos fervientemente regresar a nuestra patria. Pero para ello necesitamos disponer de un gran barco que navegue por el cielo hasta las más lejanas estrellas.

—¡Esos barcos no existen! —exclamó Amatifu.

—Existen. Los hombres color ceniza que viven en el seno de la tierra los tienen, y también nosotros podríamos construirlos si tuviéramos tiempo y maquinaria adecuada. Pero los hombres grises no nos permitirían preparar nuestro barco y hemos pensado quitárselo a ellos. Por eso fabricamos armas en vez de arados para labrar la tierra. Los hombres color ceniza nos aborrecen, son nuestros enemigos y ya hubieran venido a matarnos si supieran dónde nos ocultamos. Pero una vez les ataquemos ya no nos quedarán posibilidades de volver aquí. Nos adueñaremos de su barco y volaremos raudos hacia nuestra patria o pereceremos en el intento. De cualquiera de las dos formas, jamás volveremos a reunirnos con vosotros. Al emprender nuestra próxima expedición de guerra tendremos que despedirnos para siempre.

—Amatifu no quiere que te marches —murmuró la joven—. ¿Por qué queréis volver a vuestra patria? ¿No sois felices aquí?

—Esperábamos serlo cuando llegamos. Pero entonces no sabíamos que el hombre gris vivía en este mundo. Ellos y nosotros no cabemos sobre la faz del mismo planeta. Han asesinado a más de un millón de los míos y no nos permitirían prosperar a los pocos que quedamos. Por fuerza hemos de escapar o perecer.

—Los hombres color ceniza nunca nos han molestado —apuntó Amatifu—. Ni siquiera sabíamos que existían hasta que llegasteis vosotros. Si renunciarais a construir esas máquinas que llamarán la atención de los hombres grises, podríais vivir felices el resto de vuestros días.

—No, Amatifu —murmuró el terrícola moviendo la cabeza—. Mi gente nunca podría ser feliz aquí, porque conociendo el progreso no

puede renunciar a construir máquinas. Sería preciso extirparles de la mente los conocimientos que poseen y del alma los sentimientos que les impulsan a crear cosas, para que vueltos a la ignorancia del hombre primitivo encontraran soportable la dura existencia que vosotros vivís. Y eso no es posible. Y como no es posible, ni pueden tolerar que tengáis que trabajar los campos cuando conocen la forma de fabricar alimentos artificialmente, ni que arranquéis pedruscos con las manos conociendo la perforadora y la dinamita, ni que mováis las piernas para andar difícilmente distancias que un aeroplano recorrería en un minuto… tenemos que marcharnos, Amatifu. Es preciso.

La amazona no encontró argumentos que oponer al propósito de sus amigos, y se encerró en un profundo mutismo. No volvió a mencionar el tema de la marcha de los terrícolas en los días siguientes, pero Miguel Ángel la adivinaba rumiando para sus adentros contrariadas ideas.

Amatifu dejó de interesarse por el progreso de los extranjeros. Seguía acompañando a Miguel Ángel en las continuas peregrinaciones del joven por las diversas cuevas donde funcionaban las máquinas, pero ya no hacía preguntas. Miraba torvamente a los monstruos de acero que tragaban acero y lo escupían en retales de extrañas y estudiadas formas. Veía en ellos los autores de la próxima partida de Miguel Ángel. Los aborrecía.

La modesta industria de los terrícolas había comenzado la fabricación en serie. Construir las máquinas, fundir el acero y preparar la tarea les había invertido un año. Pero ahora iba a ser cuestión de semanas fabricar las piezas y ensamblarlas hasta dejar terminados cuatro mil fusiles ametralladores, revólveres, granadas de mano y demás equipo para la expedición tales como municiones, linternas eléctricas, vestidos, zapatillas, cuerdas y cierto número de lanzallamas por si tenían que luchar contra un ejército de hombres-planta.

Aparte de todo esto, se construyeron multitud de estuches de madera liviana para encerrar en ellos las armas y demás objetos metálicos con el fin de hacerlos pasar inadvertidos a la aguda visita del radar thorbod. Todo aquel pequeño ejército podía ser rápidamente aniquilado por el enemigo si era descubierto antes de comenzar el asalto a las ocultas bases aéreas. Los hombres grises ni

siquiera tendrían que utilizar bombas atómicas. Un par de proyectores de "Rayos Zeta" bastaría para convertir en humo el armamento de los terrícolas.

Sólo la "dedona" y el cristal llamado "diamantina" eran capaces de resistir aquel rayo desintegrador. Hacía siglos que las armas se fabricaban de cristal y no de acero. Pero necesitando para la obtención de la "diamantina" una complicada y costosa maquinaria, los ingenieros de Miguel Ángel habían tenido que resignarse a fabricar las armas de acero sacrificando la invulnerabilidad a la rapidez de construcción.

Los preparativos estuvieron terminados tres meses después del regreso de Amatifu a la aldea, meses de treinta días según los contaban los terrícolas en su planeta nativo, pero con días de cuarenta y cinco horas cada uno.

Antes de partir hacia la aventura, los terrícolas se tomaron toda una semana de fiesta. Durante estos días fueron agasajados por las amazonas con danzas y banquetes. Las cuevas donde estaba la maquinaria fueron tapiadas.

A los terrícolas les repugnaba destruir aquellas máquinas que construyeron con sus propias manos y sobre las cuales se inclinaron afanosamente humedeciéndolas con el sudor a lo largo de muchos meses.

—Nadie es capaz de predecir lo que ocurrirá a partir de ahora. Tal vez logremos escapar arrebatándoles a los hombres grises alguna astronave; tal vez muramos todos en el intento. También podría ocurrir que hubiera algunos supervivientes. Si fuera así, éstos podrían regresar aquí.

También fueron aprovechados los últimos días para completar los datos geográficos del mapa con las observaciones hechas por los guías indígenas. Desgraciadamente, las amazonas no habían llegado nunca tan lejos en dirección a las montañas. El grupo de volcanes que los terrícolas iban a explorar, entre los que se contaba aquel señalado en el mapa thorbod con la marca de la punta de un compás, estaba según la escala del gráfico a unos 600 kilómetros de distancia de las fronteras del territorio de Amatifu.

—Al otro lado de la cordillera alta vive la tribu de los Abuyés —informaron las amazonas—. Hace muchos años fuimos hasta allá en una expedición guerrera. Después del territorio de los abuyés viene

una extensa selva y un gran río que puede verse desde las cimas más altas de la Gran Cordillera. Lejos, como nubes, se ve otra gran cordillera.

—En esa segunda cordillera están las montañas que queremos explorar —aseguró Miguel Ángel—. Ya que no poseéis más datos a partir de la estribación posterior de la Gran Cordillera. ¿Querríais acompañarnos al menos hasta allí, ayudándonos a llevar nuestro bagaje?

—Amatifu os acompañará hasta el país de los Abuyés con muchos esclavos y guerreras —prometió la reina de las amazonas.

Hecho el indispensable acopio de provisiones, armados y equipados todos los terrícolas, la expedición emprendió la marcha seguida de más de un millar de porteadores indígenas y selváticas amazonas.

El camino, alto y áspero, serpenteaba por la cerrazón de la montaña. La columna, en los parajes donde era posible abarcarla de una sola ojeada, semejaba un largo reptil cuya cabeza distaba dos kilómetros de la cola. Los esclavos indígenas, llevando sus ligeros bultos en equilibrio sobre las cabezas, canturreaban una melopea mientras caminaban. Las amazonas, como inquietos lebreles, iban de un lado a otro saliéndose de la fila para saltar como gamos por los breñales y adelantarse a veces varios kilómetros a la columna.

Los terrícolas andaban silenciosos, con la vista baja y el pensamiento ausente.

—Si bien se mira —decía el coronel Tortajada a Miguel Ángel Aznar— ésta es una de las expediciones más disparatadas de cuantas el hombre ha emprendido jamás. Hemos trabajado como negros durante largos meses para preparar nuestro armamento y ahora emprendemos una caminata que no bajará del millar de kilómetros a través de las montañas y la selva, guiados por la simple incisión de la punta de un compás sobre un mapa thorbod. Ignoramos en realidad qué puede significar esa marca, ni siquiera si significa algo… Creemos que los hombres grises viven en grandes cavernas bajo la tierra, y que utilizan los cráteres de algunos volcanes apagados para airear sus ciudades subterráneas y expeler el humo de sus fábricas. Bien, pero ¿y si llegamos a ese volcán y resulta ser una verdadera y auténtica caldera del infierno? ¿Hemos de explorar todos los cráteres de este inmenso continente, tan

grande como Australia, donde los cráteres suben a más de un centenar y están separados por centenares y millares de kilómetros entre sí?

—Si no hay más remedio exploraremos todos los volcanes de este país —aseguró Miguel Ángel—. Después de todo ¿qué otra tarea nos acucia? Tanto da perder el tiempo echándonos leguas a la espalda como vivir en una aldea troglodita moliendo trigo en un mortero y rumiando ideas que nunca se han de realizar. El movimiento se demuestra andando, y si lo que pretendemos es abandonar este incómodo mundo para volver al nuestro, no será preguntándonos en qué cráter se ocultan los thorbod, sino yendo a comprobarlo por nosotros mismos.

La marcha continuó día tras día hasta que la columna llegó a los ventisqueros de las montañas. El frío era intensísimo en aquellas alturas y el camino estaba lleno de peligros. Para los terrícolas era torturante pensar que el más tosco y primitivo de los aeroplanos les hubiera llevado en dos horas por encima de las montañas y la selva virgen hasta su punto de destino, sin fatigas ni peligros. Para los nativos, ir a todas partes moviendo las piernas y poniendo a prueba los músculos era lo más natural del mundo.

Ésta y no otra era la razón por la cual unos se mostraban contrariados y los otros animosos e indiferentes a la fatiga.

Cuando la expedición llegó a la vertiente opuesta de la Gran Cordillera y pudo adivinar a sus pies el territorio de los Abuyés, los terrícolas se consideraron a mitad camino de su viaje. Lejos, como unas nubes, se veían en las profundidades del horizonte las montañas donde, según el manoseado mapa thorbod, encontrarían los conos del grupo de volcanes.

Aunque el propósito de las amazonas era acompañar a sus amigos solamente hasta allí continuaron con ellos dos días más. El descenso fue muy rápido. Antes de llegar a los contrafuertes de la montaña escucharon el tam-tam de los tambores de los Abuyés.

—Los Abuyés nos han descubierto —aseguró Amatifu—. Nos toman por una expedición guerrera y se disponen a cortarnos el paso.

—¿Hablan los Abuyés el mismo idioma que vosotras? —preguntó Miguel Ángel.

—Sí. Al menos, podemos entendernos unos a otros.

—Entonces he de pedirte un favor antes que nos separemos, Amatifu. Quiero que parlamentes con esa tribu y les tranquilices asegurándoles que no venimos a hacerles guerra, sino que estamos de tránsito hacia las grandes montañas del otro lado de la llanura. Si es posible, quiero evitarles la desagradable experiencia de comprobar la eficacia de nuestras armas.

Amatifu accedió al ruego de Miguel Ángel y se adelantó a la columna con un grupo de sus guerreras enarbolando un trapo rojo en el extremo de un palo. La columna se inmovilizó por espacio de dos horas, hasta que las amazonas regresaron asegurando que los Abuyés no creían en el poder sobrenatural de las cañas de trueno y se negaban a facilitar el paso a los extranjeros por su territorio.

—Lo lamento —murmuró Miguel Ángel. Y volviéndose hacia el coronel Tortajada, que continuaba siendo su ayudante de campo añadió—: Haga correr la orden de que si hay que disparar contra los indígenas se haga solamente contra las piernas de éstos.

Tortajada se alejó para transmitir la orden y Miguel Ángel se volvió nuevamente hacia Amatifu.

—Bien, Amatifu —murmuró embargado por la emoción—. Ha llegado el momento de separarnos. Debes retroceder ahora con tus mujeres y tus esclavos. Si penetráis en territorio abuyé con nosotros os será muy difícil regresar más tarde.

La amazona volvió la cabeza para mirar a las montañas que quedaban atrás, y luego tendió la vista por encima del hombro de Miguel Ángel hacia la selva extendida a sus pies y la remota cordillera. Vacilaba, como si buscara palabras adecuadas con que expresar el dolor que la embargaba. El terrícola podía leer este dolor en las pupilas de Amatifu, y se compadeció de ella.

—Vuelve atrás con tus guerreras, Amatifu —le aconsejó cariñosamente—. Conozco tus sentimientos. Pero el tiempo todo lo destruye a la larga. El paso de los días adormecerá en ti ese dolor que ahora te produce nuestra separación. Volverás a ser feliz conduciendo a tus amazonas a la guerra, en la idílica paz de tus aldeas trogloditas y en la práctica de las sencillas costumbres de tu tribu. No te invito a acompañarme porque…

—¿Por qué? —preguntó la muchacha con súbita ferocidad—. ¡Di! ¿Por qué no me pides que vaya contigo?

—Porque no es probable que alcancemos aquello que tanto

anhelamos y para lo que tan largamente estuvimos preparándonos. Y también porque, suponiendo que pudiéramos huir de este mundo, temo que nunca fueras feliz con nosotros. El brusco salto desde tu primitiva aldea troglodita a las supercivilizadas ciudades de la Tierra sería fatal para ti. Caerías de lleno en un mundo completamente distinto, al que nunca llegarías a comprender ni jamás podrías acostumbrarte. Si en tu tranquila aldea echarás de menos el bullicio y el ruido que nosotros trajimos a tu pueblo, allá en las ciudades-colmena de mi planeta languidecerás como una flor exótica trasplantada a un país extraño soñando con los breñales de tu tierra natal.

Amatifu no contestó. Su profunda mirada, tendida sobre el inmenso tapiz verde de la selva, parecía escudriñar el futuro. Escuchóse en aquel momento una salvaje gritería, y en seguida el tabletear de las ametralladoras.

Miguel Ángel miró en dirección a la cabeza de la columna viendo a una horda de salvajes lanzándose al asalto. Los terrícolas, parapetados tras rocas, hacían funcionar sus armas automáticas derribando a la primera ola de asaltantes. Éstos se detuvieron al ver rodar a sus compañeros heridos, dieron un brinco de sorpresa y retrocedieron atropelladamente para desaparecer entre los riscos.

—Esos no volverán —dijo el coronel Tortajada.

—Miguel Ángel —dijo Amatifu roncamente—. ¡Llévame contigo!

El terrícola hundió su penetrante mirada en los grandes y luminosos ojos de la muchacha.

—¿Quieres venir con nosotros… a pesar de cuanto te he dicho?

—Sí, Amatifu no miedo. Ella valiente. Más valiente si está a tu lado. Amatifu te ama.

Enrojeció el caudillo de los terrícolas, turbado ante la audacia de aquella apetecible mujer, sincera y sencilla en su ingenuidad primitiva, que no conocía todavía de coqueterías, tapujos ni hipocresías de la hembra civilizada.

—Lo sabía, Amatifu —murmuró Miguel Ángel desasosegado—. Lo sabía y tenía esperanza de que nos separásemos antes de que te atrevieras a confesarlo.

—¿Por qué?

—Lamento tener que causarte este dolor, Amatifu. También yo te amo. Pero no con el amor que tú me profesas a mí. Recuerdo

haberte explicado que en nuestro pueblo, cuando un hombre y una mujer se aman y desean vivir juntos el resto de sus días, contraen un compromiso recíproco que se llama matrimonio. Yo estoy casado con una mujer extranjera, una bella princesa de Nahum. Aunque me abandonó cobardemente en un momento difícil… yo la amo, Amatifu. Quiero decir con esto que… no puedo tomarte por esposa. Al menos hasta que el tiempo mate mi amor y haya perdido toda esperanza de recobrarla.

—No comprendo apenas lo que dices, Miguel Ángel —aseguró la amazona gravemente—. En mi pueblo, cuando una guerrera desea tener hijas que sean a su vez bravas guerreras y emulen las hazañas de la madre, escogen simplemente entre los esclavos de la tribu a aquel que por su vigor promete engendrar una guerrera más fuerte y se lo lleva a su cueva. El esclavo vuelve a su trabajo y la amazona procura olvidar que el fruto de sus entrañas es parte de los despreciables hombres.

—¡Amatifu! —exclamó el terrícola, escandalizado—. ¿Es solamente por engendrar fuertes y valerosas guerreras por lo que me amas?

—No, y eso es lo extraño, la cosa que Amatifu no comprende. Amatifu goza con tu compañía, está bien cuando está a tu lado… No desea nada, nada ambiciona sino prolongar el goce de oírte hablar y sonreír. Aunque eres hombre, te admira y respeta por tu sabiduría y bondad de tu corazón. Amatifu tendría hijos tuyos y no desearía olvidarte, sino continuar siempre a tu lado. Miguel Ángel ha dicho a Amatifu cuando paseaban muchas veces, que amor es más que juntarse una mujer y un hombre para tener hijos y separarse luego aborreciéndose. Pues si amor es más que eso, Amatifu ama a Miguel Ángel.

El terrícola sudaba por todos sus poros. Comprendía la confusa explicación de la muchacha mucho mejor de lo que ella misma comprendía sus propios sentimientos y disculpaba la rudeza de su lenguaje en aras de lo nuevo y sorprendente que aquel efecto jamás sentido debía resultar a la ingenua Amatifu. Pero en él vivía todavía el recuerdo de la princesa Ambar de Nahum, que le había abandonado al ver eclipsarse la estrella de los Aznar para regresar a su patria. No podía honradamente alentar el amor de Amatifu.

—Sí, Amatifu —murmuró—. No cabe duda que es amor eso que

tú sientes hacia mí. Y es por eso mismo por lo que deberíamos separarnos ahora mismo. Por nada del mundo quiero hacer tu desgracia, precisamente cuando tanto te estimo y te debo.

—Si Miguel Ángel no quiere hacer desgraciada a Amatifu, debe llevarla consigo. Eso es lo que ella desea más que nada en el mundo.

Miguel Ángel Aznar meditó en silencio unos minutos. Sabía que debería negarse a la petición de la amazona. Pero no podía. También él temía a la nostalgia que le asaltaría al separarse para siempre de esta mujer admirable.

—Está bien, Amatifu —suspiró—. Sé que no debería hacerlo, pero te llevaré conmigo.

—Tú no arrepentirte —profetizó la reina de las amazonas sonriendo con agradecimiento. Y dejando al terrícola fue a despedir a sus guerreras y a sus esclavos.

Poco después, la columna proseguía su marcha a través del hostil territorio de los abuyés.

CAPÍTULO VI

EN LAS ENTRAÑAS DEL GIGANTE

SEGUIDOS a respetuosa distancia por los indígenas, los terrestres bajaron de las montañas y se lanzaron a través de la selva. Al frente iba Amatifu con Miguel Ángel y un grupo de jóvenes armados hasta los dientes. La amazona tenía una vista de lince para descubrir a los hombres plantas. Éstos poseían en alto grado la cualidad mimética, siendo muy difícil descubrirles cuando permanecían en absoluta inmovilidad cubiertos de hojas como inofensivos árboles.

Empezaron a encontrar Hombres Planta casi al mismo tiempo que dejaron de escuchar el enervante tam-tam de los tambores indígenas, que les siguió desde los contrafuertes de la cordillera hasta una respetable distancia, ya en el corazón de la inexplorada jungla.

—¡Hombre verde… allí! —gritaba Amatifu señalando algún tronco de inocente apariencia.

Y en seguida se escuchaba el tabletear de las ametralladoras. La lluvia de balas se incrustaba en el robusto corpachón del monstruo sin causar a éste daño aparente. Su único órgano vital parecía estar en el interior del horripilante cráneo, detrás de los grandes ojos.

Siempre que tenían ocasión, los terrestres apuntaban sus ametralladoras contra los ojos de los monstruos. Las balas “dum-dum” aplastábanse al chocar contra la materia del hombre planta y abrían grandes boquetes.

Los extraordinarios seres quedaban ciegos o caían al suelo. Pero no morían. El arma más contundente que podía utilizarse contra ellos era el lanzallamas. Los hombres plantas conocían sin duda el fuego por sus experiencias en los asaltos contra las fortalezas de los

indígenas, y le temían como a ningún otro elemento.

También las granadas de mano obtuvieron mucho éxito. Una bomba bien lanzada solía desgajar con violencia las ramas que los monstruos utilizaban como piernas y brazos. Pero aun después de haber perdido un miembro, los hombres plantas disponían de energía suficiente para huir a grandes saltos por entre las espesuras. Su vitalidad era extraordinaria. Los brazos, las antenas o las piernas separadas del tronco por las explosiones, conservaban la vida durante largas horas.

—Y el tronco es la porción más importante del organismo de estas criaturas —aseguraba el profesor Castillo—. Un hombre planta al que le sean cortados los brazos y las piernas puede retirarse a un lugar tranquilo y esperar a que vuelvan a brotarle nuevos miembros.

—¿Puede ser eso? —preguntó el coronel Tortajada incrédulamente.

—Pues claro. ¿Acaso muere un árbol cuando le podan algunas de sus ramas?

—¡Caramba, caramba! —gruñó Tortajada rascándose el cráneo —. Así que estos bichejos no necesitan de doctores ni de hospitales para nada.

—Seguro que no.

La columna avanzó penosamente día tras día, abriéndose paso en ocasiones a filo de machete y combatiendo incesantemente contra los fantásticos habitantes de aquel infierno verde. Al caer la noche, el refugio más seguro para los expedicionarios estaba en la copa de los árboles más altos.

La expedición cruzó el río sobre almadías y reanudó su alucinante carrera hacia las montañas cuyas nevadas cumbres iban surgiendo de la profundidad del horizonte. Habiendo dado fin a sus provisiones vivían del terreno; es decir, comiendo los frutos tropicales que iban encontrando a su paso. Sólo reservaban una pequeña cantidad de frutas secas y mendrugos de pan para el escalo de las montañas que proponíanse explorar.

Por fin, un día llegaron al filo de la selva y pudieron levantar los ojos hasta el nevado cono del volcán de sus desvelos, el cual se encontraba en el centro de un macizo montañoso donde eran frecuentes las cumbres encaperuzadas de nieves perpetuas.

—¡Madre mía! —exclamó Tortajada—. ¿Y hemos de llegar allá y escalar la cima del volcán?

—¿Qué duda cabe? —repuso el ingeniero Núñez—. Tendremos que llegar hasta él si queremos explorarlo. En cuanto a escalarlo, ¿quién sabe si no encontraremos alguna entrada antes de llegar arriba? Los thorbod, de estar allí, tendrán seguramente más de un túnel para surgir al mundo exterior sin necesidad de asomarse al borde del cráter.

La expedición descansó dos días junto al borde de la selva, y luego reanudó la marcha. Cruzaban anchas y desérticas mesetas, salvaban barrancos y se deslizaban por los bordes de profundos cañones cubiertos de selva. El terreno hacíase por días más escabroso y difícil. Encontraron grandes extensiones de lava petrificada. De las numerosas grietas del suelo surgían nubes de gases azufrosos. La montaña se estremecía frecuentemente convulsionada por las fuerzas telúricas que se agitaban en sus entrañas.

Pasaron no lejos de un volcán en plena actividad. Andaban por un desierto de cenizas sobre un suelo de lava petrificada. Largos y pavorosos truenos pasaban bajo sus plantas estremeciendo la corteza del planeta. Profundas fumarolas se abrían aquí y allá como abismos en cuyo fondo hervía la roca fundida. Los riscos se derrumbaban con estrépito originando pavorosos aludes. Durante la noche, el fuego del volcán alumbraba la angustiosa vela, jalonada por la alarma de tremendas explosiones.

El volcán quedó atrás. Otros conos nevados surgían aquí y allá, majestuosos y solemnes en su grandeza adusta. La meta de los expedicionarios ya no se veía. Otros picachos inmediatos ocultaban el cráter. Atravesaban un paisaje de desolación y muerte. La espantosa soledad de un mundo donde no existían más criaturas vivas que el hombre y las plantas, era aplastante en este paraje lunar, donde ni la más insignificante brizna de hierba hallaba un clima favorable para la vida.

Las provisiones que llevaban para el camino, severamente racionadas desde que abandonaron la selva, tocaban a su fin. Pero ya estaban cerca de su meta. El mapa thorbod les permitía seguir sobre el papel la progresión de su avance. El volcán en actividad que habían dejado atrás y otras cimas y volcanes apagados que

veían de lejos, estaban señalados en el mapa, en cambio no se hacía mención de otros volcanes más pequeños y cercanos, por cuyas chimeneas salían tenues penachos de humo.

Inspirado por una sospecha, Miguel Ángel Aznar rogó al profesor Castillo que analizara la composición de las cenizas del suelo.

El sabio analizó el polvo llegando a una conclusión esperanzadora:

—El coeficiente radioactivo de estas cenizas es bastante elevado.

—¿Qué deduce usted de ello? —interrogó Miguel Ángel.

—Que el humo que sale por ésos cráteres no procede de una caldera volcánica, sino de las instalaciones fabriles de una industria que utiliza la energía atómica.

Miguel Ángel tendió la mirada en torno contemplando las humaredas de los cráteres.

—Entonces eran ciertas mis sospechas —murmuró.

—Sí. Estamos andando sobre las ciudades y las fábricas de los hombres grises —repuso Castillo golpeando el suelo con el pie.

Esta noticia, corriendo como un reguero de pólvora entre los macilentos terrícolas, reavivó el brillo de los ojos y espoleó su ansiedad por llegar al término de su peregrinación. Algo era saber que al alcanzar su meta no se encontrarían ante un cráter desierto, sino con una auténtica base thorbod.

Algunos impacientes se mostraban partidarios de asomarse al borde de aquellos cráteres humeantes para ver lo que había en su fondo. Tal vez encontraran en aquellos agujeros la anhelada base aérea, y se ahorrarían así dos o tres días de camino con el riesgo de ser descubiertos antes de llegar al cráter señalado en el mapa.

—Nada de eso —opuso Miguel Ángel con energía—. Ahora nos cabe la seguridad casi absoluta de que la incisión de la punta de un compás sobre el mapa fue efectuada por un navegador thorbod al calcular la distancia que su nave tenía que recorrer para llegar a nuestra colonia o regresar a su base. Lo más probable, si nos asomamos a estos cráteres ahora, es que veamos debajo las tuberías de ventilación de alguna gran fábrica thorbod. Escalar esas simas sería por lo tanto un trabajo inútil, ya que lo que a nosotros nos interesa no es asaltar una fábrica ni una ciudad, sino una gran base donde haya, a ser posible, astronaves de gran porte. Continuaremos hasta nuestro volcán. Es lo más seguro.

La marcha continuó, si bien extremándose las precauciones a partir de aquel instante. Como quiera que las dos lunas de Exilo estaban en el cénit, decidieron caminar solamente de noche, refugiándose durante las horas de sol en cualquiera de los profundos barrancos o al amparo de un acantilado.

Al día siguiente, al trasponer una cumbre, apareció ante sus fatigados ojos la maciza mole del volcán, con caperuza de nieves perpetuas y la cima oculta entre las nubes.

Trepar hasta el borde del cráter era una locura, pues la elevación de la montaña era de más de 6.000 metros sobre el nivel del mar. Pero Miguel Ángel no desdeñaba la esperanza de encontrar algún túnel en la falda que les condujera directamente a las entrañas del volcán. Descansaron durante el día, y al llegar la noche reanudaron el camino bañados por la plateada luz de las lunas de Exilo.

La larga noche de veinte horas les llevó hasta la falda del gigante de piedra. Durmieron todo el día en una oquedad del terreno, y al caer las sombras continuaron la escalada. La expedición marchaba desparramada en línea con el fin de cubrir mayor terreno por si daban con algún túnel. Aquella noche ascendieron penosamente hasta los 3.000 metros de altura. La salida del Sol ahuyentó las sombras juntamente con sus esperanzas de hallar una entrada a la supuesta base aérea de los hombres grises.

Aquel día comieron sus últimas raciones. La expedición se hallaba en los límites de sus recursos, de sus fuerzas y de su exasperación.

—¡Pues tiene que haber un túnel… un respiradero… algo que comunique con las entrañas del cráter! —gruñía el ingeniero Núñez mientras practicaba un nuevo agujero en su cinturón.

Miguel Ángel callaba. Pensaba que la existencia de una salida exterior era perfectamente lógica, pero la montaña era inmensa. Podían haber mil respiraderos y túneles y no dar con ninguno en un mes de meticulosa exploración.

Al anochecer, desfallecidos de hambre y agotados por la fatiga de tantas semanas de dura marcha a través de dos cordilleras y una diabólica selva, los terrestres reanudaron la escalada del volcán. Miguel Ángel había tomado en brazos a su sobrinita Mercedes, la

hija de José Luis, mientras éste ayudaba a su mujer y a la madre de Miguel Ángel. Amatifu trepaba jadeando a su lado, abrumada con el peso de parte del equipo que correspondía a la señora Aznar.

Hacia la medianoche, mientras Miguel Ángel y su familia descansaban en un repecho, se escuchó un grito. El jefe de la expedición supuso que algún hombre o mujer se había despeñado como venía ocurriendo muchas veces desde que comenzaron a escalar el cono volcánico. Pero no se trataba de un grito de agonía de un hombre precipitado en el vacío.

—¡Señor Aznar! —gritó alguien desde lejos—. ¡Corra… acaban de encontrar un túnel!

El corazón saltó jubiloso en el corazón de Miguel Ángel. Arrojó literalmente a Merceditas entre los brazos de José Luis y echó a correr hacia el punto donde había sonado la voz. Todos los hombres y mujeres corrían en la misma dirección.

—¡Aquí, aquí!

El rumor de las piedras que rodaban ladera abajo y los gritos se escuchaban con toda nitidez en el silencio impresionante de la montaña. Miguel Ángel trepó un repecho y se encontró ante un nutrido grupo de gente. Por encima de sus cabezas, Miguel Ángel alcanzó a divisar el enorme esqueleto de una gran antena de “radar”.

Se abrió paso a empujones hasta llegar a la base de la antena. Ésta permanecía inmóvil sobre una pequeña meseta. Alguien había excavado en la ladera para dar mayor espacio al aparato, y en esta excavación se veía la boca de un estrecho túnel. Uno de los sabios que llevaban el popular apellido Valera exploraba el interior del túnel con una linterna. Se volvió al oír la voz de Miguel Ángel.

—¡Hola! —exclamó alegremente—. Mire, Miguel Ángel. Hay una escalera abierta a pico en la roca.

Amatifu, que había seguido a Miguel Ángel, llegó acompañada del coronel Tortajada. Miguel Ángel abrió la caja de madera que Amatifu llevaba sobre sus anchas espaldas y extrajo de ella su voluminosa linterna eléctrica.

—¡Adelante! —dijo lanzando el chorro de luz en el interior del túnel.

Amatifu fue la primera en seguirle. Valera y el coronel Tortajada echaron en pos de la amazona y detrás de éstos, los demás

miembros se apelotonaron en la entrada del túnel pugnando por ser los primeros en descender la escalera.

El cono amarillento de la linterna de Miguel Ángel resbalaba sobre la bóveda roqueña, las paredes cortadas a pico y los escalones rezumantes de humedad. La escalera se torció a la izquierda, luego a la derecha, siguió recta durante un largo trecho y finalmente fue a desembocar en un corredor.

Por el corredor, que se hundía profundamente en las entradas de la montaña, llegaron a una escalera de caracol, también excavada en la peña por cuyo hueco se deslizaban las guías de acero de un pequeño ascensor.

Al llegar a este punto, Miguel Ángel empuñó su pistola ametralladora y la amartilló. Tras él escuchaba el sordo rumor de centenares de pies que hollaban la roca.

—Procuren hacer el menor ruido posible —cuchicheó.

La orden pasó de una a otra boca repitiéndose como un eco hasta morir en la distancia. Toda la larga fila de hombres y mujeres habíanse inmovilizado detrás de Miguel Ángel. Éste reanudó la marcha con la mano crispada sobre la garganta de su ametralladora con los nervios en tensión.

Descendían por un pozo lóbrego, dando vueltas y más vueltas en torno a las guías del ascensor. De vez en cuando pasaban ante las oscuras bocas de otros túneles que venían a desembocar en el pozo. La temperatura aumentaba a medida que bajaban, y de la frente de Miguel Ángel caían gotas de sudor.

Se preguntaba el joven Aznar qué ocurriría si el ascensor subía o bajaba y eran descubiertos por sus ocupantes. Pero el ascensor no pasó ni una sola vez ante aquella retorcida fila de terrestres, embutida en la gigantesca caracola de la escalera en forma de espiral.

A pesar de sus esfuerzos por evitarlo, el rumor de ocho mil pies calzados con zapatillas producían un roce áspero y prolongado en el silencio de aquel abismo. Hasta que un nuevo ruido procedente de las profundidades fue mezclándose primero y luego ahogando el de las pisadas de los terrícolas. Miguel Ángel avanzó la cabeza por encima del parapeto de la escalera y sondeó el abismo por el hueco del ascensor. Allá abajo distinguió una difusa y débil claridad.

—¡Cuidado! —cuchicheó volviendo la cabeza atrás—. ¡Estamos

llegando al final de la escalera!

La voz se corrió a lo largo de la fila mientras Miguel Ángel reanudaba la marcha. El ruido iba subiendo haciéndose más preciso por instantes. El capitán de los terrícolas se preguntó dónde había oído él un ruido similar, llegando a la conclusión de que el estrépito estaba formado a la vez por el zumbido de máquinas en funcionamiento, tabletear de perforadoras, martillazos y rodar de vagonetas sobre una pista metálica.

Estaban descendiendo hacia una mina. Miguel Ángel estaba seguro de ello al descender los últimos escalones. Apagó la linterna, porque el resplandor procedente de abajo le permitía ya ver perfectamente los escalones.

Al asomarse de nuevo por el hueco de la escalera vio debajo la cápsula de un ascensor. Un rayo de sol caía sobre la parte inferior de la cápsula. Parecía entrar por una puerta. Y no era, desde luego, un rayo de sol. La noche imperaba todavía sobre aquella cara del planeta donde se levantaba la imponente mole del volcán. La luz sólo podía ser artificial.

Dando una vuelta completa en torno a la cabina del ascensor, Miguel Ángel vio el final de la escalera y una puerta por donde entraba la luz un poco más allá. El calor era bochornoso. El ruido, ensordecedor.

El caudillo terrestre sintió la necesidad de santiguarse antes de estirar el cuello y asomar la nariz por la jaula de la puerta. No lo hizo por parecer excesivamente dramático, pero tenía el corazón en un puño al adelantar la cabeza y echar una rápida ojeada afuera, mientras detrás de él se detenía Amatifu, luego Valera, luego el coronel Tortajada, y después todos los cuatro mil seres, chocando unos con la espalda de los que les precedían, apagando las linternas y estremeciéndose de emoción.

Nada de lo que vio podía sorprenderle, excepto en un detalle. Tal y como el estrépito le hizo suponer, estaban en medio de una mina; una enorme excavación brillantemente iluminada por focos que competían con la misma luz del Sol en cuanto a la potencia y claridad. Bajo esta luz, entre los gigantescos pilares dejados para sostener la altísima bóveda, se movía un ejército de obreros que atacaban a la roca con enormes perforadoras, promovían barrenos, cargaban vagonetas, conducían trenes y manejaban grúas, palas

mecánicas, terraplenadoras y toda clase de maquinaria propia de una mina. La única diferencia entre ésta y una mina cualquiera situada en otro planeta explotado por el hombre, era que las criaturas que allí se afanaban no eran criaturas humanas, ni siquiera thorbod, sino hombres plantas.

Miguel Ángel retiró la cabeza con vivacidad para encontrarse con los interrogantes ojos del profesor Valera.

—Hemos venido a caer en una mina —explicó brevemente—. Todo ahí fuera, está lleno de hombres plantas.

—¡Diablo! —exclamó Valera mordiéndose los labios presa del nerviosismo—. ¿Qué haremos ahora?

Miguel Ángel Aznar, ciertamente, no lo sabía. Sudaba a chorros mientras consideraba lo crítico de su situación. Enfrente, varios millares de gigantescos y bestiales hombres plantas. Detrás cuatro mil compañeros que, ignorando todavía lo que les aguardaba abajo, presionaban desde arriba ansiosos para lanzarse al asalto de una soñada base aérea que no existía.

CAPÍTULO VII

AL ASALTO

POR el hueco del ascensor bajaba un confuso murmullo de voces excitadas.

—¡Sí que la hicimos buena! —farfulló el coronel Tortajada dando una rabiosa patada contra el suelo—. ¡Llegar desde tan lejos y encontrarnos con que no existe la tal base de aeronaves thorbod!

—No diga tonterías —gruñó Miguel Ángel con aspereza—. La base puede estar aquí, arriba, debajo, en algún punto cualquiera a nuestro alrededor. Nos engañamos al creer que esta escalera nos conduciría directamente a un fantástico aeródromo, eso es todo.

—¿Le parece poco? Esta es la única escalera que conduce al fondo del cráter. Todos los túneles que vimos desembocaban en este pozo. Pero si la escalera termina aquí. ¿Cómo vamos a dar con la base?

—Pues buscándola, naturalmente.

—¿Con tantos hombres plantas ahí fuera?

—¿Conoce usted alguna otra forma? —preguntó Miguel Ángel a su vez. Y como Tortajada callara, prosiguió—: Esta escalera no puede ser un pozo ciego. Los hombres plantas que trabajan en esta mina llegan por alguna parte, eso es evidente. La mina se comunica con el aeródromo, la ciudad, la fábrica o lo que mil diablos haya debajo del cráter. Hubiera sido demasiado bonito ir a caer precisamente encima de una aeronave thorbod. Tal vez hayamos descendido demasiado y la base esté por encima de nosotros. Pero lo más probable es que se encuentre a mayor profundidad.

—Pero sin saberlo, ¿cómo vamos a lanzarnos al asalto?

—Pues así, a ojos cerrados, poniendo todo nuestro dinero a una

sola carta y rogando a Dios que sea la que buscamos. Si la base sólo puede estar en tres posiciones, arriba, debajo o al mismo nivel que ocupamos ahora, hay que decidirse por una de las tres direcciones. Si nos equivocamos no tendremos ocasión de rectificar, eso está claro. Hemos llegado demasiado lejos para retroceder. Tenemos que atacar… y sea lo que Dios quiera.

Calló Miguel Ángel y siguió un dramático silencio. Habían cesado los cuchicheos de la columna que aguardaba a sus espaldas, apretujada en las espirales de la escalera. No se escuchaba más ruido que el de las máquinas excavadoras manejadas por los hombres plantas.

—Bueno —farfulló Tortajada—. Decida usted lo que haremos una vez salgamos de aquí, señor Aznar.

Miguel Ángel se humedeció los labios preguntándose si debería cargar sobre su conciencia la responsabilidad de cuanto pudiera ocurrir. Él era de la opinión que la escalera quedaba interrumpida antes de llegar al nivel de la base aérea que suponían directamente debajo de la chimenea del volcán apagado. ¿Pero y si no era así?

Las dudas de Miguel Ángel sólo duraron un instante. Encogióse de hombros. Después de todo, y si se equivocaba en su juicio, ninguno de sus compañeros vendría a pedirle cuentas de su error. Todos morirían, hasta él mismo, para que el remordimiento no le torturara en lo sucesivo. Y si alguien había de decidir la dirección a tomar, estando sujeto a las mismas probabilidades de error, ¿qué más daba que fuera él u otro cualquiera de los cuatro mil desesperados que aguardaban a sus espaldas?

—Saldremos lentamente de la escalera y nos reuniremos en un grupo afuera hasta que los hombres plantas nos descubran y vengan sobre nosotros. Entonces romperemos el fuego. Aguardaremos si es posible a que todos hayan salido del pozo y luego echaremos a correr en la dirección que sigan las vagonetas de material. Creo que la base está debajo de nosotros. De manera que si encontramos otra escalera como esta que se hunda en el suelo la tomaremos sin vacilación. ¿De acuerdo?

Tortajada y Valera contestaron con un gruñido. La docena de cabezas que asomaban por encima de sus hombros asintieron en silencio.

—Pues andando —dijo Miguel Ángel colgando la linterna

eléctrica del cinturón y empuñando la ametralladora con las dos manos.

Dio un salto hacia adelante y salió corriendo fuera del pozo. La brillante luz de los focos cayó sobre él y sobre todos cuantos le seguían. Pero en vez de alejarse de la puerta torció a la derecha echando a correr junto a la pared de roca. Comprendió que la escalera se abría en una de aquellas enormes pilastras dejadas por los mineros para que sustentaran la bóveda.

Al dar la vuelta en torno a la descomunal columna obtuvo una rápida visión de cuanto les rodeaba. El lugar donde se encontraban era una enormísima gruta artificial, abierta seguramente en una tenaz labor de siglos en las entrañas de la montaña.

Por su aspecto, la gruta se parecía a una fantástica catedral con sus bien alineadas columnas de piedra que soportaban en las alturas las invisibles bóvedas. Los hombres plantas sólo trabajaban en un lado de esta grandiosa obra. Los otros tres lados no eran visibles por estar ocultos tras las enormes pilastras, que surgían como un bosque de piedra del terso pavimento de hormigón para desaparecer entre las sombras de los altísimos techos.

De un solo vistazo, Miguel Ángel abarcó los inmensos espacios desiertos de aquella solemne catedral. Un haz de raíles corría a lo largo del crucero, y por estas vías iban y venían trenes de vagonetas cargados de piedra y vacíos, con algún que otro repugnante hombre planta erguido en las gavetas de acero y manejando los mandos de las locomotoras eléctricas.

Miguel Ángel acabó de dar la vuelta completa a la columna y se encontró nuevamente ante la puerta que llevaba al ascensor, por la cual salían en aquel momento atropelladamente sus compañeros, pistola ametralladora en ristre y mirando a derecha e izquierda con sorpresa y alarma.

Un centenar de metros más allá del pozo de la escalera, el piso de hormigón se interrumpía y daba principio la febril actividad de los canteros vegetales. Estos serían, quizás, un centenar en la especie de capilla que los terrícolas tenían delante, pero debería haber otros muchos centenares en las sucesivas capillas que formaban todo el frente de la excavación.

A fin de dar sitio al torrente de hombres y mujeres que salían disparados del pozo, Miguel Ángel avanzó hasta donde se

interrumpía la pista de hormigón. Al menos un centenar de terrícolas le siguieron como un solo hombre. Allí se detuvieron, armas al brazo, mirándose de hito en hito con los hombres plantas.

Los hombres plantas se comportaron de una manera curiosa. Los que estaban cargando vagonetas y vieron primero a los invasores quedaron paralizados, erguidos y moviendo lentamente sus largas antenas de un lado a otro. Sus grandes ojos se clavaron en la harapienta tropa de las criaturas humanas que iba agrupándose ante ellos. De pronto salieron de su inmovilidad y saltaron en dirección a los terrícolas.

—¡Fuego! —gritó Miguel Ángel tirando del gatillo de su pistola ametralladora.

Todas las ametralladoras rompieron a disparar casi al mismo tiempo. La primera descarga, mal dirigida, acribilló los rugosos cuerpos de los veinte o treinta monstruos lanzados al ataque sin que sirviera para contenerles.

Los hombres plantas corrían con prodigiosa rapidez, moviendo las robustas ramas que les servían de piernas y agitando en el aire las otras dos ramas que utilizaban como brazos. En la segunda descarga la mitad de los monstruos cayeron rodando o se detuvieron al encajar en sus grandes ojos puñados de balas “dum-dum”. El resto continuó avanzando valientemente entre la cortina de plomo de las ametralladoras. Y, cosa curiosa; los hombres plantas que estaban de espaldas trabajando en las perforadoras o manejando pesados martillos, aquellos que no habían visto a la chusma invasora, no se volvieron ni dieron muestras de enterarse de cuanto estaba ocurriendo a pocos metros de ellos.

Miguel Ángel sintió deseos de echarse a reír en mitad del fragor del combate. Comprendía lo ocurrido. Los hombres-planta eran sordos como tapias. Y también mudos en lo que a la articulación de sonidos se refería. No podían proferir gritos de alarma, que de otro lado tampoco hubieran sido escuchados. Para avisar a sus congéneres de la presencia de las criaturas humanas, los monstruos hubieran tenido que acercarse a sus compañeros y transmitirles la alarma por medio de golpes de antena.

Siendo así que las criaturas vegetales se lanzaron al ataque sin cursar aviso a los demás con sus antenas, las dos terceras partes de la laboriosa grey ni se enteró siquiera de lo que estaba ocurriendo.

Algunos naturalmente, se volvieron por pura casualidad, vieron a los terrestres y corrieron a participar en el ataque. Pero avanzando en pequeños grupos, las ametralladoras de los terrícolas les derribaron antes que pudieran alcanzar la pista de cemento.

Miguel Ángel miró en torno. A través del humo vio venir a la carrera a dos hombres-planta que les habían visto desde las capillas contiguas. De la puerta abierta en la pilastra continuaban saliendo hombres y mujeres, entre esta última doña Mercedes y Estrella, seguidas poco después por José Luis Balmer con la niña en brazos.

El batallón humano, formado en derredor de la pilastra, gastaba enormes cantidades de cartuchos disparando a toda velocidad contra los monstruos que iban llegando desde diversos puntos. El profesor Castillo apareció junto a Miguel Ángel.

—¡Pronto, señor Aznar! —gritó sobre el estruendo de las descargas—. ¡Es suicida continuar aquí! ¡Esta chusma de monstruos está controlada sin duda por un cerebro electrónico que les dice lo que han de hacer en cada situación! ¡Pero si hay un cerebro electrónico ordenando sus movimientos no es de extrañar que haya también un dispositivo de alarma para que la idea de peligro de un hombre planta dispare un dispositivo electrónico con órdenes concretas de atacar!

—¡Sí, vamos! —contestó Miguel Ángel, también a voces, viendo que ya habían salido del pozo más de la mitad de los cuatro mil combatientes—. ¡Quédese usted cubriendo la retaguardia, coronel Tortajada! ¡Y en cuanto hayan bajado todos sigan tras nosotros!

Miguel Ángel hizo una seña para que le siguieran y echó a correr a paso gimnástico a lo largo de las vías. Un tren de vagonetas se detuvo. El conductor vegetal de la locomotora saltó a tierra y corrió hacia el terrícola esgrimiendo una terrible barra de hierro.

Tableteó la ametralladora de Miguel Ángel. El monstruo se detuvo.

—¡Déjeme a mí, superalmirante! —gritó un hombre apartando rudamente al joven.

El chorro de fuego de un lanzallamas cayó sobre el monstruo, que empezó a dar saltos y a correr de un lado a otro como una antorcha viviente. Miguel Ángel continuó corriendo. Detrás de él, las pisadas de la tropa hacían resonar el piso de hormigón. Sus ojos todo eran volverse a derecha e izquierda buscando en las pilastras

que sustentaban las bóvedas el hueco de alguna puerta como aquella por la cual habían llegado aquí.

Pero no fue en las columnas de piedra donde Miguel Ángel descubrió el arranque de una escalera que, juntamente con un ascensor, se hundía en la tierra. Éste estaba en mitad del crucero, formando a modo de una jaula circular.

Miguel Ángel llegó hasta allí jadeando, echó una rápida mirada a la escalera de caracol que se hundía en el suelo girando en torno al hueco del ascensor y la señaló con la mano:

—¡Por ahí, rápido!

Se apartó a un lado para dejar paso a los que venían pisándole los talones. La tropa se precipitó tumultuosamente por la escalera, que era más espaciosa que la otra. Miguel Ángel se quedó junto al ascensor viendo desfilar ante él muchos rostros conocidos.

José Luis Balmer llegó con su hijita en brazos. Le seguían doña Mercedes y Estrella. José Luis se detuvo y entregó la niña a su mujer.

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó doña Mercedes a su hijo entre jadeos.

—Id bajando. Espero a la retaguardia. Ve tú también Amatifu.

—Bajad —ordenó a su vez José Luis empujando a las mujeres hacia la escalera—. Yo me quedo con Miguel Ángel.

Las tres mujeres desaparecieron absorbidas por el torbellino humano que las empujaba por atrás. El llanto espantado de la niña estuvo escuchándose durante un minuto para perecer al fin ahogado por el rumor de los pasos y el murmullo de las voces.

La estrecha puerta de la jaula operaba como una represa amontonando a hombres y mujeres con la respiración entrecortada. Un grupo de hombres disparaba contra un tren de vagonetas que acababa de llegar desde el fondo de la grandiosa caverna.

—¡Ahí viene Tortajada! —anunció José Luis Balmer.

La retaguardia llegaba a paso de carga con el coronel Tortajada Aznar al frente y una chusma de hombres-planta detrás.

La predicción del profesor Castillo acababa de cumplirse. Inesperadamente, los monstruos se volvieron, abandonaron su trabajo y se lanzaron contra el grupo de terrícolas rezagado junto a la escalera. No sólo acudieron los que estaban trabajando allí enfrente, sino que los monstruos empezaron a llegar de todos lados

a la vez.

Tortajada y sus hombres tendieron una cortina de llamas entre ellos y los asaltantes. Pero dando una vuelta para sortear el fuego, los hombres-planta amenazaron con envolver a Tortajada, y estuvieron muy cerca de conseguirlo. El coronel tuvo que ordenar la retirada cuando todavía faltaban por salir del pozo algunas docenas de terrícolas.

A la brillante luz de los focos, Miguel Ángel vio venir a la retaguardia en confuso desorden. Algunos hombres y mujeres iban soltando en el piso granadas de mano a las que previamente habían quitado el seguro. Estas bombas estallaban segundos más tarde al ser holladas por la chusma vegetal. Las explosiones sonaban como cañonazos que el eco repetía ruidosamente de bóveda en bóveda. Volaban entre los fogonazos pedazos de madera violentamente arrancados de aquellas fantásticas criaturas verdes…

Pero los monstruos no se detenían. Mientras Miguel Ángel y José Luis permanecían junto al ascensor espoleando a la gente a gritos y a empujones para que se dieran prisa en bajar, pudieron ver cómo algunos hombres provistos de lanzallamas se detenían para hacer frente a sus persecutores.

Surcaban el espacio los ígneos chorros de líquido para formar llameantes lagunas a los pies de los monstruos. Éstos se detuvieron un instante y Tortajada llegó sin alientos junto al ascensor.

—¡Tuvimos que retirarnos… no había… manera de… de contenerlos, señor! —jadeó.

—¡Abajo… abajo! —gritaron Miguel Ángel y José Luis.

Tortajada arrebató un lanzallamas a uno de los hombres y permaneció junto a su capitán mientras la retaguardia se arremolinaba en torno a la jaula del ascensor disparando sus ametralladoras y haciendo retroceder a los monstruos con los lanzallamas.

José Luis tomó otro lanzallamas y subió con él sobre la caseta que protegía la entrada del pozo. Desde allí cooperó en gran medida a la defensa de la posición, mientras hombres y mujeres se afanaban por alcanzar el hueco de la escalera.

Pero ni el lanzallamas de José Luis ni los otros veinte o treinta sirvieron para contener a los monstruos. Estos eran quizá dos mil o más y tenían cercada la caseta. Los primeros rodaban con los

cráneos acribillados a balazos o se retorcían horriblemente entre las llamas. Pero los que venían detrás empujaban a los de primera fila, los arrojaban entre las lenguas de fuego, y sobre estos seres llameantes trepaban otros y otros…

Se adivinaba una mentalidad superior ordenando no ya los movimientos, sino los mismos pensamientos y reacciones de aquellas fieras. Hasta este momento los hombres-planta habían denotado gran miedo ante el fuego. Pero ahora ni el fuego les arredraba. Convertidos en antorchas, insensibles a las quemaduras, avanzaban impetuosamente, llegaban hasta los terrícolas y los derribaban como monigotes de un golpe cuando no se abrazaban a ellos y les comunicaban el propio fuego de su cuerpo.

Era tremenda la fuerza de los hombres-planta. Como término medio, todos eran de estatura superior a los cinco metros. Según los cálculos del profesor Castillo deberían tener una edad aproximada de cien años. Su mentalidad era muy desarrollada en comparación con los seres de su misma especie que vivían en estado selvático en la jungla. Largos años de educación les hacían aptos para cualquier empresa. El coraje de que daban muestras hacía pensar a Miguel Ángel con angustia en lo que sería de la humanidad si aquellas fieras invadían alguna vez los planetas cristianos.

La lucha cobró caracteres trágicos en torno a la escalera de caracol. Los hombres-planta avanzaban y retrocedían como el oleaje de un mar tempestuoso. Su instinto les hacía saltar atrás al sentir la abrasadora caricia de las llamas. Pero inmediatamente volvían a embestir para retroceder llevándose consigo a varios terrícolas pataleantes. Se adivinaba a los monstruos luchando, a la vez contra los hombres, contra la imposición tiránica de una mentalidad exterior.

Un torrente continuo de hombres y mujeres se precipitaba por la escalera. El grupo de los que se defendían contra los hombres-planta disminuía con rapidez por el número de los que entraban en la escalera y bajas causadas por el ataque de los hombres verdes. Miguel Ángel y el coronel Tortajada saltaron a primera línea y empezaron a lanzar granadas de mano contra los asaltantes.

—¡Baja de ahí, José Luis! —gritó Miguel Ángel.

El joven arrojó su lanzallamas vacío contra las fieras y saltó junto a su cuñado, poniéndose también a lanzar bombas que sacaba

de su caja-mochila.

Los hombres-planta formaban a modo de una selva más allá de las llamas. Entre las llamas ardían docenas de ellos. Volaban por el aire entre el fragor de la explosión ramas bruscamente desgajadas por la fuerza de la trilita. El último grupo de hombres desapareció por el agujero de la escalera.

—¡Vamos… fuera de aquí!

Los tres arrojaron los últimos lanzagranadas y se precipitaron por la escalera en pos de los rezagados. La horda verde cayó sobre la jaula que cubría el pozo y la despedazó con estrépito. Afortunadamente para los terrestres, los hombres plantas eran demasiado voluminosos para seguirles por la escalera de caracol.

—¡Cristo! —resopló Tortajada mientras bajaban a saltos los escalones—. Creí que no salíamos de ésta.

—No se apure —repuso José Luis Balmer—. Tal vez no salgamos de las que todavía nos aguardan.

Miguel Ángel no hizo ningún comentario. También él se sentía pesimista en cuanto al final de esta aventura. Un nuevo encuentro con la horda verde sería fatal. No más fatal, tal vez que un encuentro con las fuerzas bien armadas y equipadas de los thorbod.

Mientras bajaban a trompicones por la escalera escucharon sobre sus cabezas el taladrante aullido de una sirena.

—Ahora viene la gorda —comentó Tortajada.

La escalera estaba alumbrada a trechos por diminutas bombillas eléctricas, que no obstante su tamaño arrojaban una resplandeciente luz. Los escalones estaban resbaladizos a causa de la sangre que los cubría. Escucharon bajo sus pies el apagado tabletear de las ametralladoras. Y de nuevo el poderoso alarido de otra sirena.

El descenso fue breve. Miguel Ángel y sus compañeros oyeron cada vez más potentes las ráfagas de ametralladora. Casi de repente encontraron el final de la escalera. Estrella, la hermana de Miguel Ángel, corrió a abrazar a su marido.

—¡José Luis… Miguel Ángel! —gritó—. ¡La base aérea de los thorbod está aquí!

El corazón de Miguel Ángel saltó brutalmente en su pecho. El joven salió precipitadamente del hueco de la escalera y se detuvo bajo la potente luz de los reflectores. Se vio en una nave inmensa, no obstaculizada por columnatas como la gruta superior. El piso era

de una materia extraordinariamente dura, ¡dedona! La escalera salía de una de las paredes de la amplia nave. Enfrente se veían muchos platillos volantes, que no descansaban sobre el piso, sino que quedaban suspendidos por encima de él.

Los platillos volantes estaban guardados de una manera muy curiosa, por encima de otros, sin tocarse y en número de veinte o treinta por cada una de las fantásticas pilas. Nunca como entonces les encontró Miguel Ángel tanto parecido a las vajillas que les daban nombre. Parecían, en efecto, pilas colosales de platos cuidadosamente arreglados.

La altura de los techos era enorme. Miguel Ángel comprendió que se trataba de la caldera del viejo volcán apagado, ampliada por los hombres grises, pues de otra forma por fuerza tendrían que haber pilastras para sostener las bóvedas.

Hacia la derecha, los ojos de Miguel Ángel vieron cuatro o cinco colosales husos de acero, cada uno de los cuales mediría tal vez 300 metros de altura, que estaban arrinconados y tampoco se apoyaban sobre la brillante superficie del suelo. Eran navíos siderales, desde luego. Flotaban en el espacio como por arte de magia, tal y como flotaban los buques siderales en sus bases de Valera. No estaban hechos propiamente de acero, sino de aquella materia llamada dedona, 50.000 veces más pesada que el agua. Por esto no se les dejaba tocar el suelo. Lo hubieran hundido con su peso.

Miguel Ángel dejó de acariciar los gigantescos husos con la mirada y apreció la situación de un vistazo. Los terrícolas, al caer inopinadamente en la base aérea, habían sido recibidos por ráfagas de ametralladora de algunos thorbod armados de fusiles atómicos.

Las balas atómicas habían matado a una veintena de terrícolas antes de que las ametralladoras fabricadas en la aldea troglodita de Auyé acabaran a su vez con los thorbod.

Ahora, los hombres de Miguel Ángel se desparramaban por toda la ancha nave para llegar por distintos caminos hasta el gigantesco huso de dedona más próximo. Por increíble que pareciera, la reacción thorbod brillaba por su ausencia. Alguien manejaba una ametralladora desde un rincón del enormísimo hangar, y sus balas atómicas barrían filas de terrícolas derribando a algunos hombres en plena carrera. Pero no se veía una reacción organizada.

La sorpresa de los thorbod había sido completa.

Miguel Ángel lo comprendió y se dijo que había que aprovechar la estupefacción de los hombres grises para alcanzar la astronave antes de que se produjera la inevitable reacción, so pena de no alcanzarla nunca.

Sólo una familia, el profesor Castillo con la niña en brazos y el coronel Tortajada quedaban junto a la salida de la escalera. Los últimos en bajar corrían ya como gamos por medio de la pista metálica en seguimiento de los demás.

—¡Andando, no hay tiempo que perder! —gritó empujando a su joven madre, y arrebatando a la niña de brazos del profesor Castillo echó a correr con ella en dirección a la astronave.

La sirena continuaba atronando el espacio. Los terrícolas, habiendo llegado al pie de la aeronave, trepaban a ella por la abierta escotilla de acceso. Algunos proyectiles atómicos pasaron sobre la cabeza de Miguel Ángel y Merceditas para ir a hacer explosión contra la pared del hangar.

El joven caudillo llegó con su sobrinita en brazos debajo de la popa del gigantesco navío. Los primeros Aznares en subir a bordo, todos ellos ex-oficiales de las Fuerzas Siderales Terrícolas, habían corrido a abrir las otras escotillas de acceso. Al descender las escaleras de cristal, los que estaban debajo se lanzaron por ellas hacia arriba, gateando como monos.

José Luis llegó junto a Miguel Ángel. Éste le tendió a la niña:

—Toma a la nena y sube. Tú entiendes de electrónica. Ve a la sala de servomandos y desconecta el dispositivo de control remoto. Sabes lo que quiero decir.

José Luis lo sabía. Los navíos siderales de combate thorbod, como los de la Armada Sideral Terrícola, se controlaban por radio desde una emisora especial. Los thorbod podrían hacer volver a la aeronave a su base, y aun impedirle despegar si no se desconectaba aquel dispositivo.

José Luis trepó hasta el aparato, y doña Mercedes y Estrella le siguieron con Amatifu y Castillo pisándoles los talones. Miguel Ángel y el coronel Tortajada se quedaron abajo, con las pistolas ametralladoras apoyadas en la cadera y vigilando atentamente en rededor.

La tropa subía precipitadamente al aparato. Ya había más de la mitad del grupo arriba cuando ocurrió lo inevitable. Los thorbod

llegaron a la carrera disparando con las balas atómicas contra el grupo de hombres que esperaba turno para subir.

—¡A tierra! —gritó Tortajada.

Las balas atómicas estallaron fragorosamente al chocar contra los tubos propulsores de la astronave. Algunas lo hicieron sobre las personas y mataron a una treintena de terrícolas.

Tendidos boca abajo, Miguel Ángel y Tortajada hicieron tabletear sus ametralladoras contra los thorbod. Pero con éstos ocurría lo que con los hombres-planta. No tenían órganos vitales en el tronco, y sólo una bala alojada en sus voluminosos cráneos podía darles la muerte instantánea.

La inferioridad de los terrícolas era evidente. Sus balas "dum-dum" sólo eran mortales cuando acertaban en las cabezas de los hombres-bestia. Las balas atómicas de los thorbod, en cambio, eran cada uno como una granada de mano arrojada entre los terrícolas. Pronto la pista metálica estuvo cubierta de cadáveres.

Miguel Ángel Aznar veía desesperada la causa cuando de las escotillas del navío sideral empezaron a caer cajas de munición atómica. El joven levantó los ojos sorprendido. Vio asomar la cabeza del ingeniero Núñez, quien le gritó:

—¡Ahí va munición explosiva, Miguel Ángel! Acabamos de requisarla en el pañol… ¡Vea cómo fue una gran cosa construir nuestras ametralladoras del mismo calibre y modelo que las thorbod!

Las armas construidas en la aldea troglodita podían utilizar también munición thorbod. Cuantos se encontraban debajo de la aeronave cayeron como buitres sobre las cajas de munición disputándose los largos cargadores repletos de cartuchos.

—Ahora sabréis lo que es bueno, cabezotas del diablo —rió ferozmente Tortajada mientras introducía un cargador nuevo en la recámara de su pistola ametralladora.

Miguel Ángel sintió como si una transfusión de sangre reanimara su cuerpo y su espíritu al cargar su arma con balas atómicas. Se echó el fusil a la cara y disparó…

Una turba de hombres grises avanzaba a paso de carga por la metálica pista. Venían seguros de su fuerza, no sólo porque la munición de los terrícolas era de plomo, sino porque se habían provisto de armaduras de cristal, y las balas terrícolas no podían

atravesar a éste.

Las ametralladoras de Tortajada y Miguel Ángel tabletearon al unísono entonando un canto de destrucción y muerte. Y a ellas se unieron enseguida las voces de otras cien ametralladoras manejadas por decididos hijos de la Tierra.

Ni siquiera las armaduras de cristal podían resistir el impacto directo de una bala atómica. Las huestes thorbod fueron barridas por la bofetada bestial de una densa ráfaga de proyectiles atómicos. Rodaron por la pista los hombres grises, y lo que quedó de la fuerza retrocedió perseguida por las balas explosivas.

La situación cambió de repente. Los terrícolas llevaban las de perder a la larga, pero los thorbod tendrían que tomar más precauciones para desalojarles de su posición.

Durante diez eternos minutos, las ametralladoras terrestres tabletearon desencadenando un huracán de fuego atómico en derredor. Los hombres pudieron trepar sin peligro hasta la astronave. Iba disminuyendo el volumen de fuego bajo la popa del navío.

—¡Eh, señor Aznar! —gritaron desde arriba.

Miguel Ángel y Tortajada se volvieron, dándose cuenta entonces de que estaban solos. Saltaron en pie y se apresuraron a trepar por la escalerilla. El gigantesco huso de acero empezaba a moverse en este instante. Una mano vigorosa asió la de Miguel Ángel y le izó a bordo de un tirón. Era la mano de la hercúlea Amatifu. Las escotillas se cerraban.

—¡Hurra… el buque se mueve! —gritaron un coro de voces jubilosas.

—¡Atención compañeros! —bramó un altavoz—. ¡Os habla el almirante Rodrigo desde la cámara de derrota! ¡Vamos a colocarnos en posición de despegue! ¡Agárrense fuerte porque vamos a salir como un relámpago hacia el cielo!

Una gritería espantosa acogió la noticia del almirante. Podían despegar cuan precipitadamente quisieran los muchachos de la cámara de derrota. Ellos lo aguantarían todo.

Miguel Ángel se rió. Ante él vio la cara satisfecha de José Luis Balmer.

—Me costó dar con el dichoso mecanismo —explicó el joven sonriendo— pero todo fue fácil en cuanto di con él. La emisora

transitora de los thorbod no podrá impedir que despeguemos.

Miguel Ángel notó que la aeronave acababa de inmovilizarse. Era que acababa de situarse debajo de la chimenea del cráter, guiada por el radar. Escuchóse el sordo zumbido de los reactores atómicos.

—¡Atención! —bramó el altavoz—. ¡Salimos!

Miguel Ángel sintió como si una fuerza poderosa tirara de él hacia abajo. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo, juntamente con cuantos todavía estaban de pie. Quedó momentáneamente sin sentido. Al volver en sí, miró en rededor con sorpresa. Hombres y mujeres se incorporaron perezosamente, mirándose unos a otros y echándose a reír histéricamente.

—¡Hola, compañeros! —bramó el tornavoz—. Hemos salido. Volamos ya dejando atrás el planeta Exilo. El superalmirante Aznar haría bien en presentarse en la cámara de derrota para decidir el rumbo que hay que tomar.

—¡A la Tierra! ¡A la Tierra! —bramaron millares de voces desde los distintos pisos de la astronave.

La señora Aznar se abrazó llorando convulsamente a su hijo. Miguel Ángel la estrechó contra su corazón, y al hacerlo sus ojos cayeron sobre la pantalla de televisión que acababa de iluminarse. En el cristal iba achicándose con rapidez un inmenso globo que presentaba una de sus caras iluminadas. Era el planeta Exilo hundiéndose en el espacio. La astronave volaba hacia las estrellas.

F I N